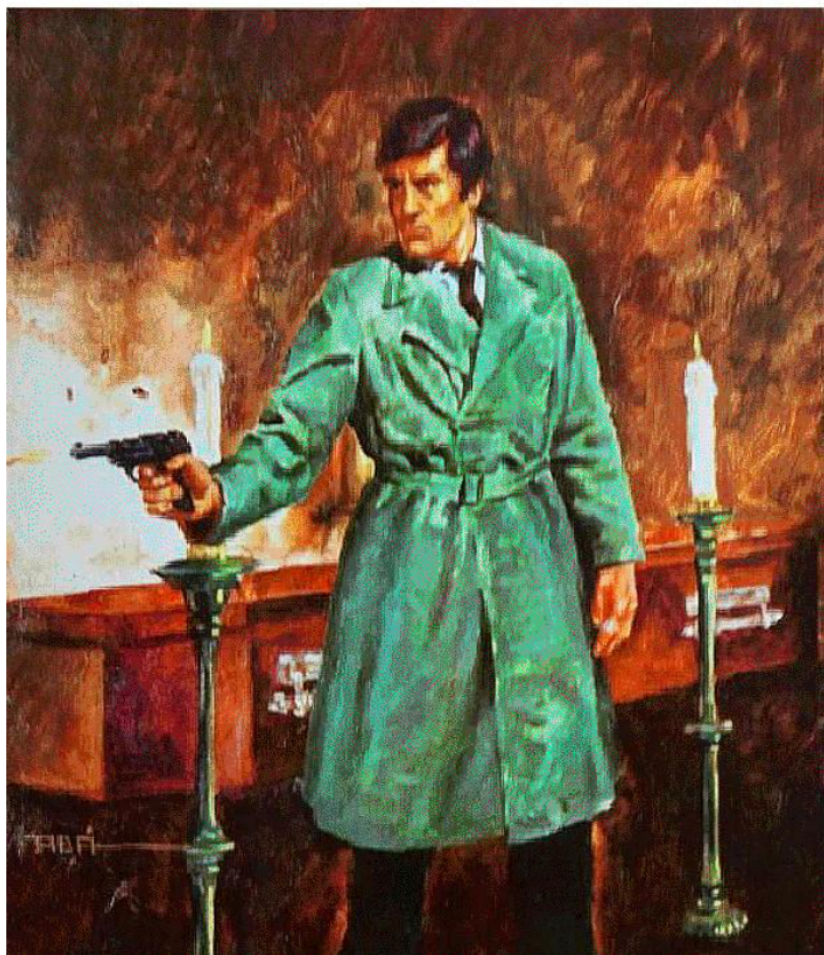


BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
PUNTO
ROJO

la muerta pidió un empleo

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA MUERTE PIDIO UN EMPLEO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 661
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 42.029 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1974

© SILVER KANE - 1974

texto

© SALVADOR FABÁ, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.268. — Funeral con los gastos pagados.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

727. — ¡Muere deprisa, muchacho!

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

644. — El congreso de los desaparecidos.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

259. — Un federal solitario.

En Colección BISONTE SERIE AZUL: '

78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

Comisario Lubens, sé que voy a morir.

Éstas eran las primeras líneas de la carta, escrita con letra temblorosa, pero que se entendía con facilidad. El resto también estaba escrito con una caligrafía rápida, muy nerviosa y que reflejaba temor, pero el comisario la pudo leer sin dificultad alguna.

«Comisario Lubens —decían las siguientes líneas—: Yo le pido ante todo que no considere esto como el escrito de un loco o como el desvarío de un maníaco. Quizá yo esté algo cansado, quizá yo haya sometido a mi cerebro a pruebas demasiado crueles, durante meses y meses, en que no le he concedido ningún descanso, pero puedo jurarle que me siento bien. A veces tengo que cerrar los ojos y quedar postrado en mi mesa de trabajo, pero no he perdido el sentido de la realidad. Dirijo mis negocios con acierto; sigo ganando dinero, y nadie ha pensado en retirarme el permiso de conducir. La gente que me trata en París me ha dicho a veces que padezco un poco de *surmenage*, pero eso no es demasiado grave, al fin y al cabo. Millones de hombres de negocios padecen lo mismo que yo y no por eso se les encierra ni piensa nadie en dudar de sus palabras.

»Por lo tanto le ruego que crea, letra por letra, lo que voy a decirle. Intervenga si puede, pero si no llega a tiempo, quiero que sepa, al menos, por qué he muerto.

»Le explicaré cómo empezó.

»Hay momentos en que yo mismo no puedo creerlo,

pese a que he escrito esto tres veces para convencerme.

»Puesto que cada vez estoy más fatigado, y puesto que mi secretaria, la señorita Conty, se despidió hace dos semanas para casarse, puse un anuncio en dos periódicos muy distintos de París: *Le Monde*, que lee la gente seria y que lee la gente ansiosa de conocer la evolución política de Europa, y *France-Soir*, que lee la gente algo más frívola y deseosa de saber si es cierto que Catherine Deneuve va a tener otro hijo. Los dos anuncios decían lo mismo: yo deseaba una secretaria, entre veinte y veinticinco años, hablando algo de inglés, con buena presencia y dispuesta a viajar por Europa si era necesario. Hasta aquí todo normal. Llevo ocho años poniendo anuncios parecidos, y usted mismo puede leer otros semejantes en cualquier periódico de Francia.

»A la mañana siguiente se presentó la primera de las aspirantes.

(Lubens arrugó el ceño. La carta continuaba):

»La recibí en mi finca particular, como tengo por costumbre, ya que quiero hablar con la que ha de ser mi secretaria, sin las prisas y los agobios de la oficina. Cuando entró en la habitación, sentí frío en la columna vertebral y hube de sujetarme con fuerza a los brazos del sillón, comisario Lubens. Hubiera sido completamente incapaz de ponerme en pie, se lo juro.

»La razón era sencilla y, al mismo tiempo, era espantosa.

»No era la primera vez que la muchacha entraba en la gran biblioteca donde yo recibía a las visitas. Había estado allí dos años antes. HABÍA ESTADO CONMIGO ANTES DE MORIR.

»No, por favor, no empiece a pensar, a partir de estas líneas, que le está escribiendo un loco. Sé perfectamente lo que digo y estoy en pleno uso de mis facultades... por ahora. La muchacha que entró era Sonia Graham.

»Claro, usted no ha conocido a Sonia Graham. No ha podido ver sus líneas mórbidas, sus piernas maravillosamente torneadas, su garganta blanca, sus labios que estaban llenos de promesas. Fue una de las mujeres más maravillosas que he conocido en mi vida y una de las que más se afincó en mi destino. Y si usted repasa, por ejemplo, *Le Fígaro*, en la edición del 20 de junio de hace dos años justos, encontrará la noticia de su terrible muerte.

»Pues bien, era ella la que estaba allí, ahora. Me sonrió de la forma que parecía exclusiva de Sonia, pues era una sonrisa que infundía confianza, y musitó:

»—He venido por el anuncio de *Le Monde*. Supongo que usted es el señor Bastier.

»Lo dijo así, tranquilamente, como si no me conociera, como si no nos hubiésemos visto nunca antes hasta entonces. Yo no supe qué responder en el primer momento, pues estaba maravillado y aterrado a la vez, pero Sonia insistió:

»—Diga... ¿Es el señor Bastier?

»Asentí con un gesto de cabeza.

»—Síntese —musité a continuación, haciendo acopio de serenidad—. ¿Cuál es su nombre?

»—Porque la verdad, comisario Lubens, es que yo ya había buscado una explicación para todo eso. Vuelvo a garantizarle que no estoy loco. La cosa se me aparecía muy clara: Sonia Graham había tenido una hermana gemela, y yo nunca lo supe. Y, de pronto, al cabo de un tiempo, la hermana gemela estaba allí.

»Pero pronto me desengañé.

»No, no podía ser.

»Era la misma Sonia.

»Fue al sentarse ella cuando lo comprendí, sin ninguna duda. Había cruzado las piernas con mucha habilidad, con mucha gracia, con esa picardía que parecía formar parte de su personalidad. Y vi, por debajo de la fina media, la cicatriz que se había causado cuando ella y yo tuvimos aquel pequeño

accidente de coche. No fue muy grave, pero los diarios lo mencionaron, y usted mismo puede encontrar la noticia repasando la colección de *Le Midi*, por ejemplo, ya que el accidente ocurrió en una carretera del Rosellón. Sonia sufrió una herida en una pierna, que le dejó una cicatriz indeleble.

»Pues bien, la cicatriz estaba allí.

»Yo la conocía perfectamente.

»Era la propia Sonia la que acababa de brotar del Más Allá, saliendo desde el fondo de su tumba.

»Yo no sé de ningún hombre, comisario Lubens, que se haya encontrado en una situación así. Volver a tener delante de los ojos, cara a cara, a una de las mujeres que más le han gustado a uno y que ya llevaba dos años muerta. Es algo maravilloso y terrorífico a la vez. Le juro que esa experiencia no se la deseo a nadie, pero al mismo tiempo resulta subyugante. Uno tiene la sensación de que todos los relojes han dado marcha atrás; de que el tiempo se ha encogido, de que se ha vuelto a las semanas de dos años antes, cuando Sonia aún existía y cuando, ¿por qué no decirlo?, yo estaba deseando hacer algunas cosas prohibidas con ella. Hasta me pareció que los muebles eran distintos. Y, de hecho, lo eran. Había un cuadro que yo quité de la pared dos años antes ¿sabe? Y ahora volvía a estar allí. Me di cuenta, de repente, como si fuese una pesadilla.

»Sonia me sonrió.

»—¿Qué le pasa? —me preguntó con voz impasible —. ¿Quizá le recuerdo a alguien?

»No supe qué decir.

»Si yo no hubiese ido a su entierro, podía pensar que aquello era un error. Pero no. Yo había ido a su entierro, precisamente. Mejor dicho, había asistido a su cremación. Vi sus cenizas. Recuerdo que lloré, cuando las depositaron en un pequeño estante de la propia funeraria, pues Sonia no tenía parientes y nadie había venido a recoger aquellos... digamos aquellos restos. Hasta pensé en llevármelos a casa, pero usted,

comisario Lubens, me dijo que era una cosa impropia. Y si le escribo precisamente a usted, es porque usted también estaba allí. Porque usted también sabe que Sonia está muerta.

»—Quizá se encuentra mal —dijo ella con voz tranquila—. En ese caso le demostraré que puedo ser una buena secretaria, ¿sabe? ¿Quiere que le prepare un combinado?

»—No, no tengo bebidas aquí.

»—En ese caso telefonearemos a un bar cercano. Le traerán algún combinado fuerte. ¿Qué bar hay por aquí?

»—Ninguno. El más cercano lo cerraron hace dos años.

»—¿Está seguro?

»Y Sonia buscó rápidamente en la guía telefónica, orientándose por las calles, y marcó un número. Inmediatamente me pasó el aparato a mí.

»—Pida lo que quiera —dijo.

»Acepté como hipnotizado, el auricular, y me lo puse al oído. Era inútil. Sabía que el timbre sonaría en un local vacío si es que aún conservaban el teléfono porque el bar estaba cerrado desde dos años atrás. Pero de repente oí la voz. Fue algo tan terrible para mí que no entiendo cómo pude resistirlo. Conocí la voz del viejo Pierre. El viejo Fierre me había escrito una postal desde Martinica cuando cerró el bar y se fue a vivir allí. Pero de pronto, lo tenía al otro lado del hilo, apenas a veinte metros de distancia, en el corazón de París, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

»Como si aquellos dos años no fueran verdad.

»¿Quiere que le traiga lo de siempre, señor Bastier?

»Me había reconocido.

»No tuve fuerzas para decir nada. Ni siquiera una palabra. De pronto, el auricular resbaló de entre mis dedos y perdí el sentido. Hay una cosa que ningún hombre resiste, comisario Lubens: la sensación de que el tiempo no existe. Aunque no nos guste, estamos

hechos de tiempo. Si las cosas que hemos dejado atrás volvemos a tenerlas delante, nos volvemos locos.

»Y eso es lo que me está ocurriendo a mí desde que recobré el sentido, desde que me vi otra vez en la habitación vacía, pero teniendo delante de los ojos aquel cuadro que yo mismo había retirado dos años atrás. Sonia ya no estaba. Pero las huellas de su presencia se encontraban aún allí: me había dejado su tarjeta de visita.

»Inmediatamente me he puesto a escribirle, comisario Lubens. Sé que voy a morir, sé que todo esto significa que he entrado ya en el Más Allá y que las cosas que los otros ven, yo ya no puedo verlas. Muchos de los que van a morir están ya envueltos en sombras, pero no se dan cuenta. Yo, sí. Yo puedo saber que esto es el fin, pero no quiero que me encierren por loco.

»Venga a verme, comisario Lubens, se lo suplico. No quiero que me sometan a un *electroshock*, o me olviden en el interior de una habitación enrejada. No estoy loco. Por lo tanto, venga a verme cuanto antes. Sólo usted puede hacer algo por mí... antes de que yo muera».

La carta, totalmente manuscrita, tenía ya una letra temblorosa al final, de modo que al comisario le costó entenderla. Las últimas líneas, en especial, eran una especie de galimatías y hubo de repasarlas dos veces. Pero al fin se puso en pie, guardó la carta y salió de su despacho poco a poco.

Lubens gruñó:

—¡Eh, Marc!

El otro se despertó con un sobresalto.

—Diga, comisario.

—Quiero todo lo referente a Jacques Bastier. Datos de antes de la guerra, conducta durante la ocupación nazi, juicios sufridos, depuraciones, negocios, accidentes..., todo. Como siempre ha vivido en el barrio, tienen que estar los datos. ¡Hala, arreando!

—Me parece que se confunde, comisario. El señor Bastier es un comerciante honrado. No tiene ficha.

—Claro que la tiene. Por lo pronto, debe haberla por un accidente de automóvil ocurrido hace dos años y en el que resultó herida su secretaria, Sonia Graham. Yo mismo vi la ficha en aquellos días. Búsquela, pero quiero, también, todos los antecedentes. Un informe completo.

Marc se puso a husmear en las catacumbas donde guardaba los asuntos sin interés y, al cabo de unos minutos, apareció con una carpeta. Fue entonces cuando Lubens, a pesar de que conocía bien a Bastier, pudo leer toda la historia.

Y la repasó con la mayor atención.

Bastier tenía veinte años cuando los alemanes ocuparon Francia. Era un joven inquieto, de buena familia, que estaba a punto de heredar una bonita fortuna y que tenía, incluso, un segundo apellido de origen nobiliario. En seguida se sintió fascinado por los impecables uniformes, por la recia disciplina, por la sensación de poderío de las tropas ocupantes. Fue como si descubriera un mundo nuevo, un mundo en el que sus compatriotas aparecían como comparsas miserables y como muñecos vencidos por una fuerza superior. Por eso, cuando los alemanes permitieron que algunos jóvenes franceses de *sangre no contaminada* se enrolaran en las SS, Bastier fue uno de los primeros. Le dieron un uniforme, una credencial y una pistola, con la que podía matar, casi impunemente. Se sintió maravillosamente feliz.

Lubens arrugó el ceño, mientras leía aquellos datos.

Sin embargo, no constaba que Bastier hubiera causado ninguna muerte. Incluso diríase que había evitado cuidadosamente las situaciones de compromiso. Ninguno de los *franceses libres*, torturados por las SS o la Gestapo, le había reconocido como uno de sus verdugos. Nadie le había visto disparar. Bastier había estado en todas las conmemoraciones y en todos los desfiles, pero no había formado parte de ningún pelotón de ejecución. Realmente, y según la ficha, era un fanatizado por los uniformes, que no había hecho otra cosa que lucirlos.

Lubens siguió leyendo.

Sin embargo, en el año cuando fue liberado París, Bastier estuvo a punto de morir. Atrapado por el *maquis*, se le sometió a juicio sumarísimo y se le condenó a ser pasado por las armas. No en vano era un SS. Pero un examen más meticuloso del asunto, cuando

pasaron los primeros instantes de fiebre, puso de manifiesto que no se había manchado las manos con sangre. La sentencia fue conmutada y la cadena perpetua se transformó en veinte años de cárcel. Luego los veinte años de cárcel quedaron sólo en cinco. Ya se sabe que en las guerras ocurren esas cosas. Si uno esquivo los primeros zarpazos, lo ha esquivado prácticamente todo. Hacia los años 50, Jacques Bastier estaba de nuevo en libertad y abría su primer negocio en París. ¿Con qué dinero, si con la guerra había perdido prácticamente toda su fortuna familiar? Ése era el primer punto que Lubens anotó en su agenda.

Luego, las cosas le habían ido bien. Grandes contratos con los países árabes, le habían dado una sólida fortuna. Se había convertido en uno de los fabricantes de maquinaria de precisión más importantes de Francia. Tenía un edificio de su propiedad en la Place de la Nation, que no es un sitio distinguido, pero que, por lo visto, le gustaba. Tenía una villa en el bosque de Bolonia. Dos fábricas en Charenton. Un castillo en Normandía. Una cadena de apartamentos en Córcega. Otra cadena en Niza.

Y ahora salía con esto.

Con que se estaba volviendo loco y que iba a morir.

Con que había estado hablando con su secretaria muerta.

Lubens salió de la comisaría, situada en la Cour de Vicennes, y se dirigió poco a poco hacia la Place de la Nation, más allá de la cual, yendo hacia el centro, tenía su ubicación el viejo barrio de Saint Antoine y la histórica plaza de la Bastilla. Todo aquello era el París que él conocía bien; el París eterno que él amaba. Calculó que estaría en la casa de Jacques Bastier dentro de diez minutos.

No se dio cuenta de que unos ojos le espiaban desde una esquina de la rué Diderot. Unos ojos quietos, ligeramente rasgados preciosos, enigmáticos. No se dio cuenta, tampoco, de la presencia de las fantásticas piernas que estaban algo más abajo de aquellos ojos.

Caso de mirarla una sola vez, la hubiera reconocido. Habría reconocido en seguida a Sonia Graham, puesto que él, efectivamente, asistió al acto de la cremación de su cadáver. Pero Lubens no la vio porque estaba ensimismado en sus pensamientos.

Quizá fue una suerte, después de todo. Una suerte que, en aquel momento, él no supo comprender.

CAPÍTULO II

El agente Duelos estaba de guardia en la esquina, como de costumbre. Saludó al comisario y musitó:

—¿Es que ha ocurrido algo, señor? ¿Qué le trae a usted personalmente por aquí?

—¡Oh! Nada de particular —dijo Lubens, disimulando, mientras echaba una mirada discreta a una de las señoritas de media virtud que hacían *la carrera* por la calle—. ¿Has vigilado la casa de Jacques Bastier?

—Tengo mi puesto al lado mismo de la puerta, ya lo ve. ¿Pero por qué? ¿Es que ha ocurrido algo, comisario?

—Nada, nada... Hoy es sábado por la tarde y él no trabaja. Por lo tanto, no ha debido visitarle nadie. ¿O le ha visitado alguien, quizá?

—Sí. Una chica.

—¿Una chica?

—Un bombón, comisario. Un auténtico bombón. Qué piernas, qué ojos, qué posaderas, qué... Bueno, como para estar agarrado allí una semana, dicho sea con perdón de los reglamentos. Hará un par de horas que se ha ido. Luego he visto pasar al empleado de unas mensajerías.

—Seguro que le ha llamado por teléfono, para que me entregase a mí una carta que no quería confiar al correo —dijo Lubens—. En fin, quiero que lo vigile todo. Te enviaré a dos hombres más. Quiero que sigáis a Jacques Bastier, si es que sale.

—¿Es que ha hecho algo malo? ¡Oiga, sería un notición!

—No, no ha hecho nada malo —dijo Lubens—. Pero tú no le quites el ojo de encima, si es que asoma por esa puerta.

Y se largó. Durante tres horas largas estuvo matando el tiempo en un café del *boulevard* Voltaire, uno de los

que desembocan en la Place de la Nation. No tenía prisa. Antes, por supuesto, había telefoneado para que enviaran tres hombres más en ayuda de Duelos. Cuando regresó, todos los gendarmes estaban ante la puerta, vigilando sin ninguna clase de disimulo.

Duelos se cuadró para saludar y decir:

—Ha salido, señor.

—¿Adónde?

—¡Oh! Sólo a tomar un bocado en la Avenue de Saint Mandé, bajando por el *boulevard* de Picpus. En cuestión de media hora ya estaba aquí. Y creo que nunca había visto a ese hombre con tan mala cara, oiga...

—¿Le ha seguido?

—Sí. Yo también he ido a tomar una copa al mismo café. Supongo que me ha visto, pero no le habrá llamado la atención, puesto que me ve todos los días.

—Sí, claro —dijo, distraídamente, Lubens.

Y subió.

Hacía falta que Bastier fuera tonto para que no se diese cuenta de que estaban vigilando la casa. Y Bastier, por supuesto, no era tonto. Pero a Lubens no le parecía mal el que hubiese montado aquello.

Una vez en el vestíbulo de la señorial casa, pulsó el botón del ascensor, sin que éste bajara. Lubens se dio cuenta de que estaba parado entre dos pisos. Lanzando en voz baja una maldición, fue a llamar a la garita del portero, pero éste no se encontraba allí. Siempre pasaba lo mismo; cuando los inquilinos se iban a pasar el fin de semana fuera, el portero también desaparecía.

Al fin, refunfuñando porque sus sesenta años y sus kilos de más no le permitían demasiadas aventuras, fue subiendo hasta la tercera planta, donde estaba la residencia de Bastier. Una de sus residencias, al menos. Era el sitio donde había encontrado de nuevo a Sonia Graham y desde el cual le había enviado, a la comisaría, aquella carta urgente. Lubens lanzó un gruñido.

El ascensor estaba parado entre la segunda y la tercera planta. A través de los cristales esmerilados se veía una sombra en el interior. Algún burro era capaz de haber utilizado la caja para hacer el amor

con una chica, parándose entre dos pisos. Al fin y al cabo, el ascensor es un sitio tan malo como cualquier otro, y ahora la gente ya se atreve a todo.

Lubens se inclinó, dispuesto a hacer valer su autoridad de comisario. Que al menos la chapa le valiera para algo.

Miró por la parte superior de los cristales de la puerta entreabierta, que era lo que impedía que el ascensor subiera o bajara.

Y entonces vio al muerto.

Le habían clavado una bala entre los ojos; una bala disparada, sin duda, con un silenciador, casi a quemarropa, porque la brecha era impresionante. La sangre ya se había coagulado. El muerto, debido a lo exiguo del ascensor, se mantenía en pie, medio apoyado en la banqueta, sin caer a un lado ni a otro. Las manos agarrotadas sobre el cuadro de botones.

Había visto muchos muertos en su vida. Casi miles de muertos. Pero nunca uno en un sitio tan inesperado y con una brecha tan espantosa en la frente.

Se inclinó un poco más.

Con algo de habilidad, podría cerrar la puerta. Entonces el ascensor funcionaría. Quería ver al muerto mejor, antes de llamar a sus hombres.

Fue entonces cuando lo oyó.

El suave taconeo de la mujer.

Lubens movió la cabeza.

Vio las dos piernas torneadas, las finas medias, los zapatos último modelo. Sólo eso. Y vio, o mejor intuyó, la pistola con silenciador que le estaba apuntando en mitad de la frente.

Sólo sus muchos años de experiencia en aquel cochino oficio, pudieron salvarle. Lanzó apenas un gruñido y se deslizó escaleras abajo, rodando como un fardo. Las dos balas ni siquiera las oyó, porque sonaron como leves taponazos en la escalera, pero, en cambio, notó en la cara su silbido de muerte. Los dos plomos se hundieron en la pared, mientras él sentía un dolor terrible en la pierna izquierda y el brazo del lado opuesto.

Pero no eran las balas; era la caída. Se dio cuenta de eso cuando llegó al descansillo y sacó la pistola para defenderse, si era necesario. Resoplaba como un condenado y tenía la boca

espantosamente seca.

Sus dedos rozaron algo al apoyarse mejor en la alfombra del descansillo. Se dio cuenta de que era una cartera de piel, una cartera que alguien había perdido. De una forma maquinal, siguiendo su instinto de viejo policía, se la metió en el bolsillo, pero al instante ya se había olvidado de eso. Lo único que le importaba era la mujer que iba a descender. Era la muerte, que iba a ver cara a cara.

Y sin embargo, nada ocurrió.

En sólo unos breves segundos, todo había cambiado; de repente, el tiempo parecía haberse detenido. El silencio rodeaba la casa entera, como si nadie la hubiera habitado jamás.

La mujer no descendió.

Nada se movía.

Aunque, de improviso, las cosas cambiaron otra vez. Porque hubo un movimiento, y ese movimiento inexplicable, lo hizo el muerto. Al resbalar un poco, se apoyó en la puerta entreabierta y la cerró con su peso. Las manos crispadas sobre el tablero de los botones, también se movieron un poco al apoyarse el peso. El ascensor empezó a bajar.

Parecía como si el muerto lo manejase.

Lubens ahogó una maldición, mientras volvía a rodar escaleras abajo.

El dolor lo vencía.

No estaba muy seguro de haberse roto una pierna, pero al menos un brazo sí que lo tenía hecho polvo. Oyó gritos en el vestíbulo.

Alguien había descubierto el cadáver dentro del ascensor.

Lubens lanzó otra maldición, intentó ponerse en pie y el dolor se hizo tan insoportable que una especie de llamarada pareció encenderse en su cerebro.

Perdió el sentido.

CAPÍTULO III

Cuando lo recobró, estaba en una de las salas especiales del hospital de la Santé. Se sentía algo atontado, quizá porque le habían administrado algún calmante. Pero el dolor había disminuido y se sentía capaz de ponerse otra vez en pie.

De pronto notó que no podía. Había sido demasiado optimista, al creer que le resultaría fácil moverse.

Tenía un vendaje elástico en la pierna izquierda, mientras que, el brazo derecho, acababan de enyesárselo. Por lo visto se lo había roto de verdad, al caer. Distinguió, como entre brumas, el rostro del gendarme Duelos, que le miraba con expresión compasiva.

—Comisario —preguntó—, ¿se siente mejor?

—¿Quién me ha traído aquí?

—Nosotros, los agentes que estábamos en la puerta. Fue un momento muy dramático, ¿entiende? Se organizó un remolino de gente.

Y palpó uno de sus bolsillos, mientras gruñía:

—Hasta me robaron la cartera. Parece mentira... Ya no queda moral en París. ¡Robarle la cartera a un representante de la ley! ¡A un gendarme!

—¿Quién era el muerto? —preguntó, rápidamente, Lubens.

—No lo sabemos. No llevaba documentación.

—Entonces es suya la cartera que encontré —murmuró Lubens—. ¿Y Bastier? ¿Qué pasa con Bastier? ¿Lo habían liquidado, también?

—No... El estaba tan tranquilo en su casa. No se había enterado de nada.

—Es lógico, puesto que dispararon con silenciador —dijo Lubens—. ¿Visteis a una mujer en la escalera?

—¿Una mujer?

—Sí, cuernos, sí... ¡Una mujer! Tenía que ser y bonita, porque

aunque sólo le vi las piernas estas eran de primera calidad. Fue ella la que dispare. ¿Es que no la vio nadie?

—No, claro que no... —murmuró Duelos, con expresión confusa—. Bueno soy yo para no ver unas piernas... Pero pudo huir por los tejados... Yo los conozco muy bien. Los tejados de aquella zona dan a las casas de la Avenue Bel Air.

Lubens hizo un gesto de resignación.

Claro que no podrían atrapar a la mujer. Era ya demasiado tarde para eso. Y lo peor era que no había visto ni una línea de su cara...

Sin embargo, tenía la documentación del muerto. Algo es algo, para iniciar una investigación. Entre eso y lo que pudiera contarle Jacques Bastier, quizá habría bastante.

Se llevó la mano útil al bolsillo de la americana en que había guardado la cartera hallada en el descansillo, pero, de pronto, tuvo que lanzar una imprecación en voz baja. Porque la cartera ya no estaba allí. Alguien se la había birlado.

—Duelos... —musitó—. ¿Dice que le robaron?

—Sí... ¡Y sin darme cuenta de nada! ¡Ya es el colmo!

—Quiero que haga en seguida una llamada telefónica.

—¿Una llamada telefónica para qué?

—Pregunte si Alain Cluny ha salido ya de la cárcel.

—De modo que ese bastardo... —empezó a decir.

—Pregúntelo.

Duelos se fue y volvió al cabo de unos instantes. Estaba pálido.

—Sí —masculó—. Salió ayer tarde.

—Y por la noche ya nos había robado las carteras a nosotros —dijo Lubens—. No ha perdido el tiempo en su distrito, ese hijo de mala madre. Hay que buscarlo. Hay que atraparlo como sea. Quiero que todos los hombres de la zona se pongan en acción. Encárguese usted de transmitir mis órdenes, Duelos. Yo necesito ahora que..., que me lleven a casa.

Los efectos del calmante iban disminuyendo, y el dolor regresaba en oleadas. Un médico al que Lubens conocía bien, especialista en autopsias, pasó sus repulsivos dedos por la cara del comisario.

—Ya está usted bien, Lubens —dijo—. Ahora necesita descansar. Le aplicaré otro calmante para que procure dormir en su casa. ¡Ah...! Lo de la pierna no es gran cosa, pero durante algún tiempo

necesitará llevar un bastón. De modo que si persigue a alguna chica, procure hacerlo en silla de ruedas.

Mientras le conducían en un coche patrulla, las radios de los otros coches que batían la zona, no pararon de dar noticias acerca de la búsqueda de Alain Cluny. Los agentes estaban metiéndose en todos los garitos, en todas las salas de billar, todas las pensiones baratas y todos los hoteles para parejas, que había desde la Porte de Saint Denis hasta el Sena. Pero era inútil. Alain Cluny no aparecía por ninguna parte.

Lubens ahogó una sarta de improperios, mientras le subían hasta su apartamento de solterón e incluso luego, cuando le instalaron y le dejaron solo.

Sabía que a un tipo como Alain Cluny no iban a encontrarle nunca, si realizaban una batida con los métodos vulgares. Aquel tipo, pese a su juventud, era ya un viejo zorro; era escurridizo, era...

Las dos manos, fuertes y sólidas, le ayudaron a ponerse en pie.

—¡Hola, comisario!

Lubens miró a Alain Cluny. Miró los veinticinco años de aquel tipo de anchos hombros, de mentón enérgico, de ojos claros... Miró las manos hábiles de aquel ladrón, que había empezado siendo un empleado del Servicio Secreto, especialista en hurgar en las valijas diplomáticas, para terminar siendo un ladrón de supermercados en los días de aglomeraciones. Y todo porque le echaron del Servicio Secreto; porque no quisieron verle nunca más en el Deuxième Bureau. Una documentación robada en el despacho de uno de los altos jefes, para salvar a una mujer, presunta espía, había producido aquel resultado. Había deshecho su vida.

Alain Cluny repitió:

—¡Hola, comisario!

—¿Cómo te has atrevido a venir a mi casa?

—Sabía que todos sus perros de presa me estaban buscando por el distrito.

—¿Y cómo has entrado?

—¿Desde cuándo una puerta con cerradura vulgar ha sido obstáculo para mí, comisario?

Lubens se dejó caer en una de las butacas de la biblioteca. Estaba cada vez más pálido. Indicó al propio Alain que le sirviera

un *whisky* y luego gruñó:

—¿Sabes que podría hacerte detener, por allanamiento de morada?

—Y yo diría que he venido a entregarme. Pero no es ése el caso, comisario, y usted lo sabe. Tome la cartera del agente Duelos. No llevaba más que veinte francos, y para eso no me ensucio los dedos.

—La cartera de Duelos no me interesa.

—¿Entonces es la otra...?

—Sí. La que me robaste a mí, aprovechando las aglomeraciones.

Alain sonrió. Llevaba un ceñido jersey negro y unos pantalones también negros, como un rata de hotel.

—¿Es ésta?

—Sí, ésta es la que yo encontré en el descansillo —dijo Lubens, mientras la abría—. ¿Hay dinero?

—Cien francos.

—Quédatelos. No es el dinero lo que me interesa, puesto que el dueño tampoco va a reclamarlo. Lo que necesito es la documentación.

Pasó los billetes a Alain y hurgó en los otros papeles. Lo primero que vio fue un permiso de conducir extendido a nombre de René Foriscot, nacido en Limoges, en 1920. La cara reproducida en la fotografía del permiso, era la del hombre a quien él había visto muerto en el ascensor. Pero hubo algo en aquel permiso que no convenció a Lubens, algo que hizo vibrar sus antenas de policía con más de cuarenta años de servicio.

—¿Quieres descolgar el teléfono, Alain? —musitó—. Pide una conferencia con Limoges, con el comisario Venteil.

—Venteil es un buen amigo mío. Una vez *trabajé* en Limoges y me dejó escapar.

—Razón de más para que le llames. Dile que quiero pedirle un favor muy urgente, a pesar de la hora.

Alain pasó el auricular al viejo policía, al cabo de unos instantes. Lubens pidió a su colega que revolviese todos los papeles relativos a los nacimientos habidos en Limoges en 1920. No pudieron ser demasiados en una población que entonces era pequeña. Bastaría con el libro del registro civil.

Se trataba de saber si, en efecto, había nacido allí un tal René Foriscot.

Luego examinó los otros documentos. Había una tarjeta de socio del Stade Français. Dos facturas de dos hoteles distintos, lo que parecía indicar que el pájaro no tenía domicilio fijo. Unas cuantas tarjetas de visita, pero sin señas, y un documento de identidad en el que se daba como dirección los servicios del hipódromo de Longchamps. Sin duda aquel hombre había dicho que trabajaba y vivía allí, lo cual, desde luego, podía ser cierto.

El teléfono sonó en aquel momento.

Era Limoges. Venteil había actuado con la rapidez de un gamo.

—El documento tiene que ser falso —dijo a Lubens—. No nació ningún René Foriscot aquí el año 20. Tampoco el 19 ni el 21, de modo que es casi imposible que haya error. Sin duda, el falsificador puso ese nombre y esa fecha como pudo haber puesto otros. Pensó que nunca se comprobaría.

Lubens suspiró con desaliento.

—Gracias, Venteil —dijo.

Ahora ya sabía algo más: sabía que el hombre muerto dentro del ascensor, a pocos metros de distancia de donde residía Bastier, era un tipo con personalidad falsa. Pero eso no era gran cosa. Ahora habría que reconstruir su historia, habría que reconstruirlo todo.

—Alain —dijo.

—¿Qué hay, comisario?

—Mira bien esta foto. ¿Conocías a este hombre?

—Caso de conocerlo, ya se lo hubiera dicho. Es la primera vez que le veo.

—De acuerdo, lárgate de París.

—¿Por qué?

—He dicho a mis hombres que te busquen por todas partes, y me costaría mucho dar explicaciones si dijera de pronto que no tengo interés en encontrarte.

—Sabe que no me gusta vivir fuera de París, comisario. Cuando salgo es como si..., como si me faltase el aire.

—Bueno, pues al menos escóndete durante un par de días. Cuando transcurra ese tiempo ya será distinto, porque el ambiente estará calmado. Pero nada de pensiones ni hoteles, ¿eh? Ni siquiera casas de citas. Mis hombres van a cribarlo todo y no quiero que te encuentren en ningún sitio.

—Pues no sé dónde voy a meterme, maldita sea...

—Eso lo resolverás tú. Otras veces te has escondido. Y ahora déjame solo... La cabeza me da vueltas, ¿sabes? Ese calmante de todos los diablos me ha hecho polvo.

Alain chascó los dedos, con un gesto de asentimiento. Luego fue hacia la puerta. Cuando estaba en ella se volvió.

El viejo comisario había dicho:

—Oye... Ten cuidado. También perseguimos por el barrio a un maniático violador de mujeres, que viste más o menos como tú. No me gustaría que te confundiesen.

—Lo procuraré, comisario.

—Buena suerte... y gracias.

Alain salió.

Su alta figura se recortó en el umbral. Eran ya más de las diez de la noche y la calma imperaba en aquel sector de París. No se distinguía una sola sombra avanzando por las viejas calles.

Alain Cluny se pasó el dorso de la derecha por la boca.

Mal asunto. Tenía que encontrar un sitio donde esconderse un par de días, costara lo que costase. Y no podía recurrir a ninguno de los trucos normales, porque la policía los conocía todos. Incluso era de suponer que tenía absolutamente fichados los domicilios de sus amigas.

Con las manos en los bolsillos anduvo por la calle silenciosa.

Dobló la esquina.

Y entonces la vio.

Ojos levemente rasgados. Boca preciosa. Torneadas caderas. Suculentas piernas.

Estaba allí. Mirándole también.

Alain Cluny pensó que quizá nunca había visto una chica tan perfecta.

Estaba muy lejos, absolutamente muy lejos, de imaginar la verdad. No podía, ni remotamente, sospechar que acababa de poner los ojos en el cuerpo de una muerta.

CAPÍTULO IV

De todos modos notó algo raro, tan raro, que en el primer instante pensó incluso eso, que la mujer iba a morir. La vio tambalearse, apoyarse en la pared y resbalar hacia él como una cosa cálida y dulce que necesitaba su apoyo. Alain la sostuvo en sus brazos cuando aún no había tenido tiempo material para darse cuenta de lo sucedido.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

Ella tenía los ojos entornados.

—Es que... Perdone, estoy muy fatigada... He venido huyendo y..., y sufro mucho del corazón.

—¿Huyendo? ¿De quién?

—Al principio creí que... era usted.

—¿Huye de alguien que va vestido como yo?

—Sí. Me ha perseguido y... no encuentro a nadie que me ayude. Todo está cerrado ya. No hay ni un policía...

Alain miró en torno suyo. A medio kilómetro de distancia había bares abiertos, desde luego, pero en la zona donde ellos dos se encontraban ahora no existía ninguno. La comisaría también estaba lejos. Aquella zona de París era como una oscura selva donde podía pasar cualquier cosa. Las grandes ciudades se transforman cada vez más en eso: en oscuros laberintos donde la vigilancia es imposible, donde ya nadie puede conseguir que, durante las noches, impere la ley.

Los ojos del joven se clavaron en la esquina. Estaba seguro de haber visto a alguien. Un tipo vestido de negro acababa de asomar, desvaneciéndose luego como una sombra.

—Espere —suplicó él.

Corrió hacia aquella esquina en ágiles zancadas y miró. Pero ya no vio a nadie. La oscuridad imperaba en un sucio callejón donde, de pronto, se pusieron a maullar los eternos gatos de la noche.

Alain volvió junto a la muchacha, que respiraba agitadamente. Por lo visto, estaba muy cansada. Por lo visto, era cierto que la había perseguido alguien.

—La acompañaré —dijo—. ¿Tiene coche?

—No, pero en la esquina de la Cour de Vincennes tiene que haber taxis. Yo iba hacia allí. Gracias por acompañarme... Pero, si quiere, me puede dejar cuando yo tome el taxi. No quiero molestarle más.

—No es ninguna molestia, al contrario. ¿Va lejos?

—A la Avenue Dumesnil.

—Eso está relativamente cerca —dijo Alain—. No se preocupe; la acompañaré con mucho gusto.

En su cerebro acababa de penetrar una idea. Si lograba conquistar a aquella preciosa mujer, no sólo habría conseguido los favores de la mejor hembra de su vida, sino que, además, obtendría un refugio seguro para pasar allí las horas más críticas. Cuando Alain Cluny empezaba a ver las cosas mal de veras, la suerte se ponía de su parte.

Tomaron un taxi en la esquina de la plaza. Allí había mucha animación y hasta llegaba a parecer increíble que medio kilómetro más allá las calles aparecieran solitarias, y siniestras como los paseos de un cementerio. La muchacha se dejó caer con cansancio en el diván posterior, mientras cruzaba las piernas. Parecía ir sintiéndose mejor, pero daba la sensación de estar muy cansada, todavía.

Mientras el vehículo arrancaba, Alain musitó, queriendo animarla:

—¿Le gusta esta zona de París? A mí me gusta mucho. Creo que sin ella no podría vivir. A poca distancia tiene el barrio de Saint Antoine, donde están algunas de las calles más viejas del viejo París. Cerca de donde vamos, está la plaza de la Bastilla, que marcó un hito en la historia de la Humanidad. La plaza de los Vosgos, tan deseada por los artistas. Y el romántico cementerio del Padre Lechaise... Bueno, está todo lo que yo amo... No le extrañe haberme encontrado paseando por la noche. A veces, paso horas y horas hundido en recuerdos que no tienen sentido.

La invitó a fumar con un gesto, pero ella lo rechazó. Tampoco contestó una palabra, tampoco siguió con aquel tema de conversación que Alain había esperado que le gustase.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alain.

—Sonia Graham.

—¡Ah...! Bonito nombre.

—¿Y usted?

—Alain Cluny.

—Me ha dado un buen susto —dijo ella, sonriendo—. Le juro que me perseguía alguien vestido como usted...

—Tampoco es tan extraño —dijo Alain, mientras aspiraba el humo de su cigarrillo, sin darse cuenta de que otro taxi les seguía a corta distancia—. He hablado, hace poco, con el comisario Lubens. No sé si usted conoce a Lubens... Me ha asegurado que tuviese cuidado, para que no me confundieran. Un violador de mujeres está actuando por esa zona de París.

Ella se estremeció un momento. Le miró con los ojos entornados.

—¿Un violador de mujeres? —susurró—. ¿Y no han podido capturarlo?

—No es tan fácil, incluso en un barrio populoso como éste. Hay viejos solares donde no se mete nadie; oscuras plazas llenas de coches donde puede ser introducida, a la fuerza, una mujer... Supongo que, de diez tentativas, le sale bien una, pero ya es bastante. Y la policía cada vez vigila peor, ésa es la verdad. Los agentes ya no tienen orgullo profesional. Son unos desgraciados, que ni siquiera conocen a la gente de su barrio.

Y echó una discreta mirada a las piernas de la chica.

—¿Qué es esa cicatriz? —preguntó—. ¿Un accidente?

La pregunta resultaba algo indiscreta, porque la cicatriz estaba muy arriba. Pero Sonia Graham no se molestó.

—Sí —dijo—, un accidente. Hace unos dos años de eso. —Y señaló la casa.

—Ya hemos llegado...

Cuando se detuvieron, el otro taxi se detuvo también a cierta distancia. El hombre que les había seguido desde la Place de la Nation, y que iba vestido casi exactamente igual que Alain, no descendió en seguida. Fingió entretenerse buscando cambio, mientras miraba bien la casa en que habían entrado los otros dos.

La casa era vieja, pero noble, como casi todas las del distrito. Alain la miró con los ojos expertos del que conoce todo aquello como la palma de su mano. Cuando ella, después de pagar él el taxi,

le preguntó si quería aceptar una copa, contestó en seguida que sí.

Entraron.

Miró la habitación.

Era modesta, pero limpia.

Miró los anticuados cristales color ceniza. Los muebles severos y oscuros. Vio de refilón, al fondo, un dormitorio con una cama de matrimonio. Buena señal.

Sonia Graham musitó:

—¿Quieres servirte tú mismo? Ahí tienes algunas botellas.

Ya le tuteaba. Alain sonrió.

—¿Te preparo algo para ti?

—De acuerdo, pero que no sea fuerte. Voy a cambiarme.

Todo marchaba sobre ruedas. Alain Cluny estaba acostumbrado a situaciones como aquélla y, gracias a su especial seducción sobre las mujeres, había conseguido escapar de más de un peligro. Pero la verdad era que jamás había conseguido una chica tan bonita, una ganga semejante.

Empezó a preparar dos combinados semejantes, en dos vasos altos.

Oía canturrear en el dormitorio a la chica, que por lo visto se sentía mucho mejor. Por un momento Alain dudó si entrar y precipitar los acontecimientos, pero en el último instante se detuvo. No le convenía correr el menor riesgo, porque si lo estropeaba, se iba todo al diablo. Tanto como la chica, le convenía aquel sitio para pasar la noche.

Fue entonces cuando oyó aquel leve chasquido junto a la puerta. Y tuvo la sensación de que alguien estaba hurgando en la cerradura para tratar de forzarla.

Alain Cluny sonrió.

Estaría bueno que allí tratara de meterse un competidor. ¿Es que ni siquiera los *colegas* le iban a dejar vivir a uno?

Fue en silencio a la puerta y la abrió de golpe. Quería dar una buena sorpresa al tipo que estaba hurgando allí. Pero la sorpresa se la llevó él.

Aquel ruido había sido causado a propósito, para hacerle caer en la trampa.

Para hacerle salir.

La pequeña porra de plomo con la que aquel miserable había

aturdido a tantas mujeres, antes de atacarlas, se abatió dos veces sobre la cabeza de Alain antes de que éste se diera cuenta de nada. Lanzó apenas un gruñido mientras notaba que se doblaban poco a poco sus rodillas.

La porra cayó otra vez sobre su nuca.

Ahora Alain Cluny sintió que sus ojos se nublaban definitivamente. Fue a caer de bruces, pero el otro le sostuvo para que no hiciese ruido. Luego le metió en la boca una pastilla, dejando que se disolviese sobre la lengua.

Era un somnífero. Algunas veces aquel condenado bastardo había empleado esa táctica con mujeres difíciles. La pastilla producía un sopor profundo durante más de una hora, aunque no quedaban interrumpidas las funciones vitales. Entre eso y los golpes en la nuca, Alain no iba a molestarle en mucho tiempo.

El hombre vestido de negro sonrió, mientras se disponía a entrar.

Oía canturrear a la mujer.

Era la más deliciosa que había visto nunca.

Sólo por eso, porque era maravillosa, había corrido tantos riesgos. Y porque un hombre como él, que tantas veces había burlado a la policía, estaba seguro de poder burlarla otra vez.

Entró poco a poco, cerrando sin ruido.

Preparó la porra.

Seguro que tendría que usarla. Y quizá el somnífero también. En un sitio habitado como aquél, tenía que evitar a toda costa que la muchacha gritase.

Se deslizó con el silencio de un gato, disponiéndose a atacar.

Sonia Graham apareció en la puerta.

CAPÍTULO V

Y entonces ocurrió algo que a aquel tipo le pareció completamente absurdo; algo que le dejó paralizado de estupor durante unos minutos. Porque él estaba habituado a que las mujeres chillasen, a que trataran de huir, a que le contemplaran con horror, pero nunca a que le sonriesen de aquella manera.

Sonia Graham preguntó:

—¿Me has preparado el combinado?

El intruso se quedó petrificado. No era capaz de dar un paso. ¿Pero es que ella no se daba cuenta de que era un hombre distinto el que tenía delante? ¿Por qué le sonreía? ¿Por qué parecía invitarle con sus gestos?

¿O quizá era..., en fin, eso que los científicos llaman una ninfómana?

¿Una de esas mujeres, especialmente ansiosas, a las que lo mismo le importa un hombre que otro?

Sonia Graham insistió:

—Di, ¿no has preparado el combinado aún? ¿A qué esperas?

—Pues... claro que sí. Voy a terminarlo.

—¿Cómo te llamas?

El granuja, cada vez más asombrado, dio su verdadero nombre:

—Morían.

—Está bien, Morían. Me gusta con un poco más de ginebra.

Así...

Sonia bebió un par de sorbos. Sus labios parecieron tensarse. Pero su mirada seguía siendo de miel, cuando la clavó otra vez en el hombre.

—¿Conoces la casa?

—No...

—Mira, aquí está el dormitorio.

Era una invitación. Una invitación tan clara, que el otro se

estremeció. Nunca se le habían puesto las cosas tan fáciles. Dejó, sobre una estantería, la pequeña cachiporra de plomo y goma.

Vio la luz rosada del dormitorio.

¿Pero qué hacía aquella otra allí? ¿Por qué estaba tan rígida en la cama? ¿Es que vivían dos mujeres en la casa? ¿Dos...?

No veía enteramente a la segunda, pero podía adivinarla. Distinguía sus preciosas piernas ceñidas por medias bordadas. Distinguía el borde de su falda. La postura resultaba seductora, pero aquellas piernas estaban demasiado rígidas. Con un poco de imaginación podría decirse que..., en fin, podría decirse que aquella mujer estaba muerta.

Sonia Graham musitó:

—¿No entras?

Morían dio un paso más. Quería ver a la otra muchacha, quería saber si era tan bonita como la primera. La luz rosada le envolvió.

Y, entonces, se dio cuenta de que algo había cambiado.

La boca de Sonia Graham *era distinta*.

Sus ojos eran distintos.

Hasta sus manos... *¡eran distintas!*

El nunca había visto más uñas como aquéllas.

Largas y penetrantes uñas de acero. Piezas mortales, que parecían arrancadas del fondo de una pesadilla. Uñas surgidas de algún rincón del infierno y que en la vida real no podían existir.

Formaban una zarpa.

El asombro impidió a Morían moverse. Quizá en otro momento hubiera reaccionado, pero ahora no pudo. Sus pies permanecieron clavados en el suelo. Su tronco se negó a ir hacia atrás, esquivando el zarpazo.

Las uñas se clavaron profundamente en su carne. Llegaron hasta la carótida. Produjeron en ella un desgarrón mortal.

Los ojos de Morían redaron por aquella habitación del infierno.

Le pareció ver las piernas de la otra mujer, la que parecía muerta, que se movían. Tuvo la sensación de que veía otra boca. De que distinguía una sonrisa diabólica.

Trató de huir.

Giró sobre sí mismo, desesperadamente.

Tropezó con la pared y se dio cuenta, entonces, confusamente, de que aquella pared era blanca. Pero, bruscamente, se estaba

llenando de tiras rojas.

No lo comprendió en el primer instante. No se dio cuenta de que aquellas tiras rojas estaban formadas por su propia sangre.

La zarpa volvió a clavarse en él, pero ahora en la nuca. El segundo golpe fue mortal. Resultó como una puntilla. Las agudas puntas de acero se clavarón en lo que los médicos llaman *el árbol de la vida*.

Morían cayó como un fardo.

De sus labios apenas escapó un leve susurro.

Un susurro que era apenas como el soplo de la muerte...

CAPÍTULO VI

Cuando Alain Cluny recobró el sentido, tuvo que pasarse la mano por la boca ya que en ella dominaba una sensación amarga. No recordaba nada, pero le pareció como si poco antes se hubiera disuelto en su lengua alguna pastilla de sabor desagradable. Intentó ponerse en pie y tuvo que hacer un esfuerzo muy superior al normal, como si sus músculos estuvieran agarrotados.

Al fin los pensamientos fueron encajando otra vez en su cerebro. Empezó a recordar lo que había sucedido, y de pronto, una expresión de horror se dibujó en sus facciones. ¡El violador de mujeres, al que perseguía la policía! ¡El tipo que le había golpeado era el mismo que iba detrás de la muchacha cuando él la encontró!

Bruscamente, la sensación de vértigo desapareció. Se dio cuenta de que la chica estaba corriendo un grave peligro. Se dio cuenta de que tenía que salvarla.

Giró hacia la puerta y fue a empujarla, en aquel momento vio a sus pies algo que le hizo circular por las venas una corriente de aire frío. Unas líneas rojas se filtraban por debajo de aquella puerta. La sangre dejaba atrás la hoja de madera y llegaba hasta sus zapatos.

Alain notó que sus dedos temblaban.

No dudó, ni por un instante, de que aquella sangre era de la muchacha. Esta vez el salvaje violador había ido demasiado lejos. Esta vez, la policía iba a estar delante no de un sucio atentado sexual, sino de un salvaje crimen.

Mientras no le culparan a él...

Empujó la puerta y, a partir de ese momento, le dominó otra vez aquella extraña sensación de ultratumba, aquella sensación que no sabía explicarse y a la que era incapaz de dar nombre. Pero la luz de las habitaciones resultaba distinta. El aire parecía haberse estancado allí durante siglos. Uno tenía la sensación de haber entrado en un espacio irreal donde las cosas normales no existían.

Sus ojos rodaron por aquel recinto.

Y vio entonces al hombre vestido de negro. Distinguió sus ojos cargados de horror. Vio la espantosa mancha de sangre que se iba extendiendo más y más por las baldosas.

Alain quedó paralizado junto a una de las paredes.

No tenía miedo. Aquello era asombro, y nada más que asombro. Las piernas no le sostenían. Sus ojos desencajados no acertaban a creer lo que estaba viendo.

Pero lo cierto era que sólo el muerto yacía allí. De la mujer no se veía ni rastro. Alain entró en el dormitorio y distinguió la marca de un cuerpo humano en un borde de la cama, como si alguien hubiese estado estirado allí. Pero no se apreciaba la menor señal de violencia. Las ropas no estaban arrugadas tan siquiera.

Penetró en el cuarto de baño.

Nada.

En un pequeño cuarto trastero.

Nada...

Los ojos de Alain se iban desencajando, mientras más se daba cuenta de que el apartamento estaba vacío del todo. No entendía por dónde había podido huir Sonia. No lo entendió hasta que vio aquella ventana entreabierta.

Como experto ladrón, Alain Cluny calculó todas las probabilidades que había tenido la muchacha de descolgarse por allí. Y comprendió que no eran pocas, tratándose de una chica ágil. Una cornisa pasaba por debajo de la ventana, en la fachada trasera del edificio, y terminaba en la pared de un tejado ligeramente más alto. Llegar hasta allí no era tan difícil. Y a partir del tejado, podía deslizarse hasta cualquier otra de las escaleras que daban a la calle.

Alain pensó en largarse también por allí.

Pero era demasiado arriesgado hacerlo. Como buen profesional calculó las posibilidades que tenían de atraparle, y se dio cuenta de que eran muchas. Bastaba con el taxista que les había llevado hasta allí, a la chica y a él. En cuanto el taxista declarara, buscarían a Alain por asesinato. Y su huida no sería más que una prueba de que, en efecto, el asesinato lo había cometido él.

De modo que resolvió jugar limpio. A veces, el juego limpio es la mejor táctica...

Buscó en la guía telefónica el número del comisario Lubens y lo

marcó. Sabía que el comisario tenía que estar en casa. Efectivamente, al cabo de unos instantes oyó su voz.

—¿Pero quién molesta? ¿No se dan cuenta de que no puedo moverme? ¡Estoy en la cama, maldita sea!

—Comisario..., soy yo, Alain. Siento molestarle, y con más razón después de haber visto que apenas puede andar. Pero es urgente.

—¿De qué se trata?

—Morían ha muerto.

—¿Morían? ¿El maniaco sexual buscado por la policía?

—Sí.

—Pues no lo digas con esa voz, hombre... ¡Es una buena noticia!

—Es que las cosas no resultan tan sencillas, comisario. Deje que le explique.

Y Alain narró, sin omitir detalle, todo lo que había ocurrido desde que salió de la casa de Lubens. Notó que a intervalos, el comisario respiraba agitadamente. Pese a su gran veteranía, parecía casi aterrorizado por lo que estaba oyendo.

—¿Y dices que ha tenido que ser esa mujer? —susurró.

—Completamente seguro.

—¿Sonia Graham?

—Ése fue el nombre que me dio.

—¿Por qué subiste con ella?

—Creí que lo había entendido, comisario. La situación estaba muy clara: ella me gustaba enormemente y, además, me ofrecía la posibilidad de encontrar refugio durante un par de días. ¿Qué hubiera hecho usted?

—Alain... ¿Eres absolutamente sincero?

—Le juro que sí, comisario.

—Piensa que puedo comprometerme, al fiarme de ti. ¿De veras no has hecho nada contra ese hombre?

—¿Le llamaría si lo hubiese hecho?

—Está bien. Te creo. Vas a hacer una cosa.

—Diga, comisario. Sabe que todavía soy capaz de hacer un pacto con un viejo policía. No le engañaré.

—Permanece ahí y no toques nada. Aunque a mí me es muy difícil moverme, todavía puedo ponerme algo encima, tomar un bastón y telefonear a un taxi para que venga a buscarme.

—¿Quiere que lo traiga yo?

—No, no... Tú permanece ahí, para tener la seguridad de que nadie más descubre ese pastel de sangre... ¡Ah! Tienes que limpiar, al menos, la escalera, no sea que pase algún vecino. Eso es todo. Cuando yo llegue, examinaré sobre el terreno las posibilidades que tenemos y trazaremos un plan de acción.

—Gracias, comisario. Le espero.

Y Alain Cluny colgó, mientras suspiraba con alivio.

No podía quejarse de su suerte, después de todo. ¿Qué hombre perseguido y que, además, se ve envuelto en un crimen, puede contar con la colaboración del propio comisario de policía del distrito? Con la ayuda de Lubens era imposible que le pasase nada. Saldría de aquel apuro, que era lo único que le interesaba, por el momento.

Miró en torno suyo.

Todo aquel ambiente le producía vértigo, y no sabía por qué. Una oscura sensación de irrealidad le dominaba. Cada vez sentía un más profundo deseo de escapar, como fuese, de allí.

Pero ahora, después de haber telefoneado a Lubens, era imposible. Tenía que esperar. Abrió el único armario y vio vestidos de mujer, pero con una curiosa particularidad que no escapó a sus ojos de profesional del robo.

Los vestidos eran de dos medidas distintas. Es decir, no parecían pertenecer a una sola mujer, sino a dos. Eso indicaba que alguien vivía con Sonia Graham.

¿Alguien que tal vez iba a volver, de repente?

El joven sintió unas gotitas de sudor frío en las sienes. Sólo le faltaba eso... Miró ansiosamente el reloj, mientras calculaba el paso de los minutos. Nunca el tiempo se le había hecho tan agobiante.

Pero su instinto de investigador, pues no en vano había sido uno de los mejores agentes secretos del Deuxième Bureau francés, le hizo olvidarse de aquella preocupación para concentrarse en lo que tenía delante.

Tomando un conjunto de la talla corta, calculó la altura de su dueña. Una vez calculado eso, midió la huella que un cuerpo humano había dejado en la cama de matrimonio. Entonces hizo un gesto de preocupación, porque las cosas se complicaban aún más.

¡Por todos los diablos...!

O mucho se equivocaba, o la mujer que había estado tendida allí

era la otra, la que vivía con Sonia Graham y que resultaba algo más baja que ésta. Y como el lecho aún estaba caliente, eso significaba que no llevaba mucho tiempo fuera de allí. Sencillamente, había de estar tendida en la cama cuando él entró con Sonia.

Y debía haber huido con ésta.

¿Pero por qué?

¿Qué intervención había tenido aquella otra mujer? ¿Qué misterio incomprensible se ocultaba en la casa?

Cerró el armario y dejó que sus ojos pasearan otra vez en torno suyo. A cada minuto transcurrido lo entendía menos, todo. Hasta que vio sobre una mesita algo que le confundió todavía más: un pequeño estuche de médico donde se contenía un aparato para medir la presión sanguínea.

¿Pertenece a las dos mujeres?

¿Y para qué lo querían?

De una forma maquinal, guiado por su instinto de observador, Alain se fijó en que aquel estuche tenía unas iniciales grabadas. Eran las iniciales R.T.S. Luego se olvidó de aquello para mirar el reloj.

Lubens tardaba demasiado. ¿Por qué diablos no había venido ya? ¿O es que se había roto la crisma escaleras abajo?

De pronto, Alain se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

¡Maldita sea! ¡Hacía falta ser burro!

¡No le había dado a Lubens la dirección en que se encontraba!
¡Le había hablado de todo menos de eso!

Fue a descolgar el teléfono otra vez, para darle aquella dirección, pero de pronto algo le detuvo. Acababa de oír pasos en la escalera. Pasos sigilosos de alguien que subía.

Pero no era una sola persona.

Eran varios hombres los que subían.

Hombres que trataban de sorprenderle...

Con una rapidez de movimientos que sólo los individuos de su clase son capaces de tener. Alain fue hacia la puerta exterior del apartamento con una suavidad que sólo un profesional tendría, entreabrió un poco la puerta sin hacer el menor ruido. Miró por un espacio inverosímilmente pequeño, pero dominando todo el tramo de la escalera.

Entonces quedó helado. Aterrado casi. Porque aquello era una sucia e incomprensible traición.

Los que subían eran gendarmes. Al menos, media docena. Y llevaban los zapatos en la mano, como en el pasillo de los condenados a muerte.

Quizá el lector ignore que el sistema de ejecución de la pena capital en Francia es bastante peculiar. No se trata ya de la guillotina, que ha permanecido inmutable desde los tiempos de Luis XIV, sino de que el condenado no sabe nunca cuándo vendrán a buscarle para llevarle ante el verdugo. Durante la noche elegida, los guardianes se acercan a su celda con los zapatos en la mano, sin hacer el menor ruido, con lo cual evitan que se produzca un tumulto en el resto de la prisión.

Bueno, pues eso estaba a punto de ocurrirle a Alain.

De no ser por su finísimo oído, no se habría dado cuenta de que alguien subía. Pero ahora no tenía tiempo que perder, porque dentro de quince o veinte segundos los gendarmes se abalanzarían sobre la puerta.

Alain sintió frío en la columna vertebral. No sólo Lubens le había engañado, sino que, además, se daba allí un misterio incomprensible. Un misterio absurdo. Porque él no había dado al comisario la dirección en que se encontraba..., ¡y, sin embargo, Lubens la sabía! *¡La sabía!*

Su cerebro se nubló durante unos instantes. Dejó de pensar. Ahora era solamente su instinto el que tenía que actuar si él pretendía salvarse. Por lo tanto, llegó hasta la ventana que había servido para huir Sonia Graham.

Se deslizó por la cornisa.

En aquel momento oyó el estrépito de la puerta al abrirse bruscamente. Los gendarmes ya no necesitaban disimular. Estaban seguros de caer sobre la presa sin que ésta hubiera tenido tiempo de mover un solo dedo.

Pero Alain ya alcanzaba el tejado. Saltó y se deslizó entre las sombras. Vio unas escaleras que descendían a un patio interior.

El patio interior tenía una pared baja. Después de saltar por ella, se encontró en una terraza. De la terraza a la calle había dos pasos.

No le cupo la menor duda de que aquel mismo camino había sido el empleado por las dos mujeres para huir.

Una vez en la calle, dobló la esquina rápidamente. Había visto, en la distancia, el fugaz parpadeo de los faros de los patrulleros. Corrió hasta perderse en una zona de sombras.

Estaba a salvo y, sin embargo, ya apenas le importaba su propia seguridad. Sentía que el horror estaba dentro de sí mismo, dentro de su propio cerebro. Y sabía, también, que si no se arrancaba aquellos pensamientos acabaría volviéndose loco.

Tomó el primer metro de la madrugada, en dirección a Montreuil. Entre el anonimato de los obreros que iban a trabajar en los primeros tumos, nadie se fijó especialmente en él. Y sabía que en Montreuil difícilmente le buscarían los hombres de Lubens, o al menos, tenía que correr el riesgo por una noche.

Dos horas después estaba durmiendo en una pensión modesta. O mejor dicho, intentando dormir. Porque sus ojos abiertos no veían más que sombras. Sombras que se parecían a Lubens; sombras de hombres muertos; sombras de mujeres...

En eso no le acompañó demasiado la suerte a Alain. Porque al poco de empezar a ver sombras de mujeres, y cuando éstas empezaban a hacerse interesantes de verdad, se quedó dormido como un tronco.

CAPÍTULO VII

Al mediodía siguiente abonó su cuenta, fue a desayunar a un café de las cercanías y compró los periódicos de la mañana. Observó que no se mencionaba para nada el crimen donde él estaba metido hasta las orejas. Esto podía explicarse por dos razones: o bien la noticia no había llegado al cierre de los periódicos, de modo que éstos no habían podido incluirla, ni siquiera haciendo un cambio de última hora en la teja, o bien la policía no había querido soltar prenda. Esta última posibilidad era la que aparecía como más real a ojos del joven. Y también era la más inquietante.

Porque significaba que Lubens estaba metido en el mejunje, de una forma más extraña cada vez.

Alain hizo recuento de sus fondos, vio que tenía suficiente para comprarse ropa nueva y entró en una sastrería de confección, donde adquirió un traje, una camisa y una corbata. Alain tenía la suerte de que todo le sentaba bien. Transformado en otro hombre, se metió en una barbería y redondeó su cambio de aspecto, afeitándose y cortándose el pelo de otro modo.

Por fin se coló en la delegación del PTT en Montreuil, o sea en Teléfonos, Correos y Telégrafos. Buscó pacientemente en la guía los nombres de todos los médicos que estuvieran anunciados en las páginas publicitarias. Sólo uno de ellos tenía las iniciales R.T.S.

Vivía en un buen sitio.

El *boulevard* Axelmans, cerca del bosque de Bolonia. Por supuesto, al otro lado de París.

Sin embargo, no era arriesgado cruzar la capital en Metro, aunque le estuviera buscando parte de la policía. De modo que el joven tomó el convoy en la estación de Montreuil, cambiando en Nation, muy cerca de donde habían ocurrido los hechos y donde la vigilancia tenía que ser más intensa; luego, sin cambiar ya más, descendió, tras un larguísimo trayecto, en Auteuil, muy cerca de su

destino.

Husmeó entre las elegantes casas, muchas de ellas envidiables villas donde vivían los adinerados de París. Allí el espacio sobraba; allí uno no se asfixiaba entre los humos de la gasolina y los malos olores de los vecinos. Todo resultaba muy distinto del distrito que tan curiosamente le gustaba a Alain, donde se amontonaba la historia, pero también se amontonaban los problemas.

Vio la placa.

Docteur Robert Torres Set el, de la Faculté de Dijon.

El apellido Torres no llamó demasiado la atención de Alain. No había motivo para pensar que fuese español o hispanoamericano. Lo más probable era que fuese corso. Pero debía tener pasta larga, porque vivir allí no resultaba muy barato, precisamente.

Alain Cluny hubiese preferido ver a Lubens, pero como no podía hacerlo, por el momento, siguió al menos la pista del estuche encontrado en el apartamento de Sonia Graham. Por supuesto se podía estar equivocando, porque unas iniciales no significan nada, pero, al menos, tenía que probar.

Tuvo suerte, al coincidir su llegada con la hora de visita. Una enfermera ya bastante mayor, pero corpulenta como un gorila, le hizo pasar a una sala de espera. En ésta sólo distinguió a un hombre que tenía una pierna enyesada. Por lo visto, el doctor Torres se dedicaba a las fracturas.

Eso era un problema.

¿Qué cuerno de fractura iba a explicar que tenía él?

Pero ya estaba metido en el juego, de modo que decidió seguirlo hasta el fin. El individuo de la pierna rota estuvo bastante tiempo dentro. Luego la enfermera hizo pasar a Alain.

Por lo que pudo ver, el doctor Torres tenía un despacho realmente lujoso. El era un hombre alto, de hombros cuadrados, que contaba con unos sesenta años de edad. Sus ojos desaparecían tras unas gafas oscuras y su rostro resultaba totalmente impenetrable. Era uno de esos tipos que, al cabo de estar mirándoles tres días seguidos, no sabes aún lo que piensan.

Hizo sentarse a Alain.

—Usted no es cliente... —musitó.

—No. Nunca había estado aquí.

—¿Quién le dijo que yo podía atenderle?

—El comisario Lubens.

—¿El comisario Lubens...? No lo recuerdo, aunque puede haber estado aquí sin decirme que era policía. En fin, no tiene importancia. ¿Qué padece usted? No veo que sufra ninguna fractura.

—Tuve una, y me vuelve a molestar.

Alain podía justificar, en parte, aquellas palabras. En otro tiempo, saltando desde un balcón, se había producido una cicatriz en una pierna. El hueso también había quedado ligeramente dañado, aunque ya no le molestaba en absoluto.

Torres se acercó a él.

—Veámosla.

La cicatriz estaba un poco por debajo de la rodilla y, la verdad, era que tenía un excelente aspecto de cosa de la que nadie se acuerda. El médico la palpó unos instantes, antes de preguntar:

—¿De verdad que le duele?

—Sí. No puedo hacer según qué movimientos... Yo creo que el hueso está degenerando. Tengo miedo, ¿sabe? Miedo de...

—¿Cáncer?

—¿Quién sabe?

Torres rió débilmente.

—¡Oh, qué tontería...! De acuerdo en que las viejas cicatrices son peligrosas, pero el aspecto de usted no presagia nada malo. Debe de ser algo funcional. Creo que convendría hacerle un reconocimiento completo.

—Perfecto, doctor. Con franqueza, he venido a usted porque ya estoy cansado de que sus colegas no me acierten una...

—Esté tranquilo.

—Convendría empezar por la presión, ¿no? —inquirió Alain.

—¿La presión...? Bueno, tal vez sí. Espere.

Buscó en su maletín.

En los cajones de su mesa.

Los ojos de Alain brillaban, pero no decía una sola palabra.

Al fin musitó:

—¿Qué pasa? ¿Olvidó su aparato en algún sitio, doctor?

—Parece que sí.

—¿Era caro?

—Bueno... Todos esos aparatos vienen a costar lo mismo. De todos modos, el mío era un modelo muy perfecto.

—¿Cuánto daría por recuperarlo?

—¿Qué dice?

Los ojos del médico habían brillado, a pesar de la pantalla de las gafas negras. Sus dedos temblaron un momento.

—Creo que lo he encontrado —dijo, calmadamente, Alain—. No lo tengo en mi poder, pero le puedo decir dónde está.

—¿Ha venido para eso?

—Le confieso que sí.

—¿Quién es usted? ¿Alguien que se dedica a chantajear a las personas honradas?

—¡Oh, no...! Incluso no pienso pedirle ningún dinero por darle esa información. Sólo quiero que usted sea tan sincero conmigo, como yo voy a serlo con usted.

—¿Sincero? ¿En qué sentido?

—¿Conoce usted a Sonia Graham?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Pues resulta extraño... El estuche se encuentra allí, en el apartamento de dos mujeres, una de las cuales se llama Sonia Graham.

—Le repito que no sé de qué me está hablando. No tengo que dar explicaciones a nadie acerca de mis clientes ni de los sitios a los que voy con el instrumental. ¡Márchese de aquí! ¡Márchese antes de que llame a la policía!

Eso era un riesgo que Alain no podía correr, pero, de todos modos, simuló la mayor tranquilidad al decir:

—No hago nada malo... Sólo trato de ayudarle. Sonia Graham es pariente mía y desapareció hace algún tiempo de su casa. ¿Qué puede decirme de ella?

Torres estaba lívido. Daba la sensación de una persona absolutamente honrada, a la que vienen a turbar en su santa paz. Con un gesto de rabia, pulsó dos veces el timbre que había encima de su mesa.

La enfermera gorila apareció.

—Diga, doctor.

—Acompañe a este hombre hasta la puerta. Y asegúrese de que se marcha.

—¿Es un indeseable?

—No sé lo que es. Lo único que deseo es que se vaya.

—De acuerdo, doctor. ¡Tú, pichón, andando!

La mujer-gorila había hecho un significativo gesto a Alain. Éste era alto, pero aquella especie de monstruo aún resultaba más alta que él. Le calculó, por lo bajo, unos ciento veinte kilos de peso. Podía ser tan temible como, un luchador de *catch*.

Y, sin embargo, Alain no le dio ninguna importancia. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no le prestó la menor atención. Sabía que, ahora, estaba en el centro del laberinto, y aunque los laberintos no conducen a ninguna parte, cualquier paso que diera no le llevaría más al centro, sino hacia la salida. Estuviese donde estuviese la salida, él tenía que buscarla. Tenía que actuar...

Pero la que actuó fue ella.

Estaba detrás de Alain, mientras avanzaban hacia la puerta exterior.

Los dos terribles mazazos, aplicados en la nuca del joven, le dieron en el sitio exacto que ya tenía tan dolorido desde la noche anterior. Fue como si le pincharan con un hierro al rojo. Alain sintió que se le doblaban sus piernas.

Un tercer golpe vino hacia él.

Pero no se estuvo quieto.

Ahora ya no.

Giró sobre sus tacones.

Esquivó.

Sujetó la mano de la enfermera.

Tiró de ella.

Se la cargó a la espalda.

La lanzó por los aires...

El canterano, que ocupaba un rincón de la sala, quedó completamente destrozado al recibir el impacto de aquella mole. La exhibición de piernas que hizo aquella gigante, hubiera podido ser sensacional en otra clase de mujer, pero en ella resultó un espectáculo de los que le hacen a uno volver la cabeza. Todo lo que Alain Cluny se le ocurrió decir, fue:

—Lástima...

Y se volvió.

Acababa de oír un ruido tras él.

Un individuo al que no había visto nunca, estaba en el umbral de una de las puertas. También tenía una corpulencia gigantesca y ese aspecto inconfundible de los que han sido guardaespaldas toda su vida. Sus ojos brillaban malévolos, con una especie de alegría salvaje.

Debía haber recibido la orden de cargarse a Alain. Y no le cabía ninguna duda de que iba a conseguirlo.

Una navaja brilló en su mano izquierda. Era una navaja de palmo y medio, una verdadera bayoneta con la que podía abrir a Alain en canal de un solo golpe.

Los pensamientos se atropellaron en la mente del joven. Se dio cuenta de que el doctor Torres tenía algo que ver con aquellos extraños crímenes y que quería apartarle de su camino, quizá porque Alain sabía ya demasiadas cosas. Tal vez hubiera sido mejor para el médico disimular un poco y desorientar a Alain, pero éste le había sorprendido y ahora Torres prefería resolver los problemas por la vía rápida. Aquel verdugo que acababa de aparecer en la puerta se encargaría de resolver las cosas.

Vino hacia Alain.

Su izquierda se movió a velocidad de vértigo.

Los zurdos siempre desorientan, porque en el primer instante uno tiene la sensación de que las cosas funcionan al revés. Pero Alain no perdió la serenidad ante el ataque. Saltó ágilmente hacia atrás y se situó de pie encima de una de las butacas.

Fue una maniobra que su enemigo no esperaba.

Pero para Alain resultaba vital.

Ahora tenía las piernas a más altura.

De modo que le bastó disparar la derecha para alcanzar de lleno en el mentón de su enemigo. Se oyó un siniestro *CRAAAK*. Si la mandíbula de aquel hombre no se rompió, poco le faltó, al menos, para quedar desencajada.

El gigante retrocedió un paso. Alain saltó de la butaca a tierra e hizo una rápida finta.

Durante unos segundos tuvo a su enemigo, de espaldas. Le golpeó con el pie detrás de la rodilla y le hizo vacilar.

Mientras aquel tipo se mantenía en un difícil equilibrio, Alain disparó de canto su mano derecha y luego su izquierda. Las dos alcanzaron de lleno la nuca. Vio que el tipo de la navaja ponía los

ojos en blanco, resbalaba por una pared y terminaba cayendo silenciosamente a tierra.

El joven no se entretuvo. Con los cordones de unas cortinas, ató sólidamente las manos y los pies de su enemigo. El lazo fue hecho de modo que las manos quedaban sujetas a la espalda y, unidas por el cordón, a los pies y la garganta, de modo que cualquier movimiento del prisionero podía hacer que se estrangulara él mismo. Por la cuenta que le traía, se iba a estar quieto.

Lo mismo hizo con la desvanecida enfermera, cuyos muslos de cuarenta kilos cada uno y ya cargados de varices, evitó mirar. Luego fue de nuevo hacia el despacho del doctor Torres.

Quería seguir la interesante conversación con él.

Atravesó la sala de espera donde había estado antes.

Y tuvo la sorpresa de ver que el tiempo parecía haber vuelto atrás. Había cosas que, Alain no entendía; que quizá no acabaría de entender nunca. Era como si el tiempo se dividiera en pedazos independientes que luego se unían de cualquier manera, como un rompecabezas cuyas piezas no acabasen de encajar nunca. Vio lo mismo que había visto al principio: el tipo de la pierna enyesada estaba allí.

Esperando.

Leía una revista tranquilamente.

No parecía haberse enterado de nada: Quizá era sordo o quizá tenía ya bastantes problemas con su pata hecha cisco. Alain le sonrió, queriendo que su actitud fuese la más natural posible.

—Creí que se había marchado —dijo—. ¿Es que le vuelven a recibir otra vez?

—Sí. He tenido que volver porque olvidé una receta.

—¡Ah...!

Y Alain avanzó hacia la puerta que daba al despacho del doctor Torres. Aquel tipo iba a tener una buena sorpresa, si pensaba haberse desembarazado de él.

No se dio cuenta de que el otro tenía los dedos entre la pierna y el armazón de yeso que la cubría.

No se dio cuenta de que sacaba de allí una pistola extraordinariamente delgada y extraordinariamente larga, cuya culata no tenía apenas forma y seguía casi la línea del cañón. En conjunto, el arma era casi como un largo tubo. Pero en el cargador

cabían seis balas y las seis eran explosivas.

Alain se volvió, sonriendo, cuando ya llegaba a la puerta.

No podía imaginar que iba a ver su propia muerte. No pensaba lo que estaba ocurriendo detrás. Empezó a preguntar:

—¿Cree que el doctor Torres se ha marcha...?

De pronto, se ladeó con la velocidad del rayo. Un bailarín no se hubiera desplazado con aquella fantástica rapidez. La bala le pasó rozando la mejilla y se estrelló contra la puerta que había estado a punto de abrir.

Toda su estructura se tambaleó.

Dio la sensación de que había estallado una bomba de mano. Los cristales temblaron. Por fuerza el estampido hubo de oírse desde la calle.

El falso lisiado lanzó una maldición, al darse cuenta de que acababa de fallar. Sus ojos se desencajaron mientras intentaba apuntar otra vez.

Alain ya no le dio tiempo. Su mano derecha desvió el arma en el momento en que se producía la segunda explosión. Una de las lámparas del techo saltó, materialmente convertida en pedazos.

El tubo volvió a girar.

Los dientes de Alain chirriaron. Sabía que sólo disponía de unos segundos para hacer una llave, antes de que el tercer proyectil saliese de la recámara. El dedo de su enemigo seguía en el gatillo y nada podía evitar que lo apretase.

Logró hacer girar el tubo al revés. El dedo se cerró maquinalmente sobre el gatillo. La bala estalló materialmente en la cabeza de su propio dueño, que no había tenido tiempo de ladearse al ver que el cañón venía hacia ella.

Curiosamente fue esa bala la que hizo menos ruido. Apenas se captó un chasquido siniestro. Y Alain saltó hacia atrás, mientras una sensación de horror le llegaba hasta los huesos.

No había pensado matar a nadie cuando llegó allí, pero ahora las cosas acababan de tomar un giro irreversible. Tenía que huir cuanto antes de aquella casa, como había tenido que huir la noche anterior de la casa de Sonia Graham. Desde hacía unas horas, allí donde se metía él, saltaba un muerto.

Además, debían haber oído las explosiones desde la calle.

Intentó, entonces, obrar con la mayor naturalidad. No tenía otra

salida, pues desconocía incluso si en la casa había puertas traseras. Fue hacia la puerta principal de la calle y la abrió. Unos cuantos transeúntes estaban detenidos ante la verja.

Alain dijo con la mayor calma:

—Se han producido unas pequeñas explosiones de gas y ha saltado el teléfono. Voy a llamar desde una cabina a los técnicos. Pero, por favor, que no entre nadie porque pueden producirse nuevas explosiones:

Una jovencita que llevaba bajo el brazo una revista frívola, preguntó:

—¿Pero ha habido algún herido? ¿Está bien el doctor Torres?

—Claro que sí —dijo Alain—. No ha pasado nada, excepto unos pequeños desperfectos. El doctor Torres y su enfermera están precisamente ahora cerrando la llave de paso del gas, que se encuentra en el sótano. Por favor, déjenme pasar... Conviene que los de la compañía vengan cuanto antes.

Y corrió hacia la esquina.

Por suerte no había cabinas cerca.

Pudo desaparecer.

La gente se arremolinaba junto a la verja, mientras los comentarios subían de tono, pero nadie se atrevía a entrar, por temor a nuevas explosiones. Al cabo de unos minutos llegó un gendarme, preguntando qué diablos pausaba allí.

Pero Alain ya estaba lejos. Ya se había confundido entre la multitud que llenaba los andenes del Metro y ya se había metido en un vagón que lo llevaría a cualquier parte. Eso no le importaba. Lo esencial era haber puesto tierra de por medio, cuando la policía descubriera lo que había dentro de la casa.

Ahora sí que iban a perseguirle hasta por las alcantarillas de París.

No iba a haber sitio donde pudiera ocultarse. No iba a existir refugio para él, en París. Ni en una tumba...

CAPÍTULO VIII

Jacques Bastier miró con cierto asombro al individuo que acababa de entrar en la biblioteca de su lujosa casa del bosque de Bolonia. Parecía una especie de robot; parecía un muñeco metálico que se moviera por impulsos eléctricos. En efecto, el comisario Lubens, antes de dar un paso, tenía que estirar su pierna lesionada, y luego apoyar el resto del cuerpo en el bastón que manejaba con el brazo que no tenía roto. Todo eso lo hacía con una total falta de maestría, de modo que parecía como si caminase a bandazos. Con el tiempo, llegaría a moverse mejor, sin duda, pero ahora estaba haciendo el aprendizaje de inválido. Y el resultado era lastimoso.

Se dejó caer sobre una de las butacas tapizadas de raso y murmuró:

—Perdone que no me haya anunciado, Bastier.

—¿Cómo ha podido entrar?

—De la forma más sencilla. Uno de sus criados me ha abierto la puerta, pero yo le he enseñado la chapa y he entrado directamente. Comprendo que es de mala educación, pero usted y yo, al fin y al cabo, somos viejos amigos, Bastier.

Se puso una pipa en los labios, sopló y luego la retiró para cargarla cachazudamente. Jacques Bastier le miraba sin comprender. Una súbita lucecita de sospecha había nacido en sus ojos.

—¿Quería sorprenderme, comisario? —preguntó—. ¿No se fía de mí?

—¡Oh, no es eso...! No quería sorprenderle, ni mucho menos. Si he venido, es porque usted me escribió una carta. La verdad es que había venido antes, cuando usted estaba en el domicilio de la Place Nation, como ya debe saber. Pero también debe saber que trataron de matarme.

—Sí. Le aseguro que fue... incomprensible. Absolutamente

incomprensible, comisario Lubens. ¿Han averiguado quién fue el hombre que apareció muerto en el ascensor?

—Un falsario. Eso es: un redomado falsario. Ha costado muchísimo aclarar su identidad, porque su documentación decía que se llamaba Foriscot y había nacido en Limoges en 1920, pero eso no era cierto. Al fin hemos podido saber, por sus huellas necrodactilares, que se llamaba realmente Vermaer. Había nacido en La Haya, Holanda, justo en 1920, de modo que, al menos, ese dato era cierto. En su país lo tuvieron muchos años en la cárcel, por haber colaborado con los alemanes durante la ocupación.

Y miró fijamente a Bastier, porque sabía que éste era también su caso. Porque sabía muy bien que Bastier también había colaborado con los alemanes, cuando éstos se convirtieron en los dueños de Francia. Pero si esperaba encontrar la menor expresión en el rostro del millonario que tenía delante, quedó decepcionado. Las facciones de Jacques Bastier siguieron siendo una máscara.

—Siga —fue lo único que dijo.

—Bien... Ese tipo llamado Vermaer era una especie de correo. Llevaba recados a los sitios. Viajaba de un país a otro. ¿Por cuenta de quién? Eso es lo que no sé. ¿Esperaba quizá su visita, Bastier?

—¿Por qué había de esperarla?

—Hombre... Al pájaro lo desplumaron en el ascensor de su casa...

—¿Tiene una fotografía?

—Claro...

Y Lubens mostró dos: de la ficha policial holandesa, que reproducía a un hombre joven, y la del depósito de cadáveres, que reproducía un fiambre en pésimas condiciones de conservación. La única que Bastier miró realmente, fue ésa.

—No le había visto nunca —dijo.

—¿Seguro? ¿No tenía relaciones comerciales con él?

—¿Por qué había de tenerlas?

—Verá... Usted sabe bien para qué sirven esa especie de *correos* internacionales. Llevan dinero de un país a otro y así facilitan a sus clientes pagos, que de otro modo les resultaría difícil justificar.

También aprovechan eso para especular con el cambio de monedas. Últimamente ha habido tantas fluctuaciones, que un hombre que situara marcos en París, o francos en Bonn, podía ganar una pequeña fortuna en una sola mañana.

—Yo no me dedico a eso —dijo, secamente, Bastier.

—Tampoco digo que se dedique —afirmó Lubens, con la misma cachaza—. Solamente le preguntaba por si conocía a ese pájaro. Pero puesto que no lo había visto nunca, guardaré las fotos. Y ahora otra cosa: ¿tiene usted alguna relación con antiguos miembros alemanes de las SS?

—¿Por qué había de tenerlas? ¿A qué viene eso?

—Usted es un viejo SS, ¿no?

Jacques Bastier palideció.

Aquél era un capítulo de su vida que él mantenía secreto; rigurosamente secreto, dentro de lo posible, pero se dio cuenta de que era inútil negarlo ante Lubens. Porque Lubens tenía que haberse empapado de su ficha.

—Todo el mundo comete estupideces en su juventud —dijo—, y yo pagué ésa en la cárcel. No hay por qué volverla a mencionar otra vez.

—¿Pero se ve con los antiguos camaradas?

—Ya no tengo antiguos camaradas, Lubens. Ya no existen. Son sólo sombras que nadie puede hacer resucitar. Y usted sabe que no tiene ningún derecho a interrogarme sobre hechos que ya pasaron y por los que ya cumplí condena.

—Por Dios... No le estoy interrogando.

—Además, no le he llamado para hablar de eso. Le escribí una carta en un momento de terrible angustia porque usted era la única persona en la que podía confiar. Fue por lo de Sonia Graham. Pero si usted ha venido a hablarme de un holandés muerto, más vale que vuelva hacia la puerta y me deje en paz, otra vez. Al fin y al cabo, ya no he vuelto a tener ningún otro sobresalto.

El comisario dio un par de pensativas chupadas a su pipa, que no acababa de tirar bien.

—De acuerdo —dijo—, no hablaremos de Vermaer porque a mí tampoco me importa. Si lo he mencionado es porque apareció muerto en el ascensor de uno de sus edificios. Realmente he venido por lo de Sonia Graham, se lo aseguro. ¿Está convencido de que era

ella?

—Completamente convencido.

—Al cabo de dos años, uno puede confundirse. No es que dos años sean una barbaridad de tiempo, pero las caras se confunden...

—Yo no me confundí.

—¿Está seguro?

Por toda respuesta, Jacques Bastier fue hacia uno de los cajones de su mesa escritorio y lo abrió. De él extrajo una colección de fotografías que puso en las manos del comisario Lubens.

Éste las contempló con cierto asombro.

Estaban enfocadas justo a la altura de los tobillos de la mujer y mirando hacia arriba. Eso significaba que sólo se veían las piernas. Pero, al tener la chica las piernas cruzadas, la exhibición era de categoría. Daba la sensación de que el espectador se había acostado casi junto a la butaca, cara arriba, para ver mejor.

Lubens musitó:

—¿Cómo consigue esto?

—Verá... Es una vieja costumbre. Una manía... Cuando entra una aspirante a secretaria, me gusta estudiarla bien una vez solo, para saber si me conviene admitirla o no.

—¿Y las estudia por sus piernas?

—En una secretaria son importantes, ¿no?

Lubens pegó una dentellada a su pipa, antes de gruñir:

—¿Cómo las consigue?

—Hay una máquina disimulada en los pies de la butaca en que me siento. Todas las distancias están calculadas. Y me basta pulsar un botón para hacerla funcionar.

—Eso es rufianesco...

—No pasa nada porque a una chica le fotografíen las piernas; al fin y al cabo, no le quitan ningún pedazo. Pero las mujeres de hoy día cada vez son menos excitantes, se lo aseguro. En fin... Si le he mostrado las fotos no es por casualidad. Quiero que vea especialmente ésta.

Y separó la última. En aquella placa se distinguían no sólo las extremidades, sino la cara de la mujer, que se había inclinado un poco hacia adelante. Y Lubens dijo, mientras la pipa resbalaba materialmente de entre sus labios:

—¡Dios santo! ¡Es Sonia Graham...!

—¿Se convence ahora?

La foto cayó a tierra. Como Lubens no podía inclinarse a recogerla, fue el otro quien lo hizo.

—No puede ser... —dijo el comisario con voz ronca—. Ella estaba muerta... Yo mismo asistí a la cremación. Yo sé dónde están sus cenizas...

—Eso es lo que me estremece. Eso es lo que no puedo entender.

—Una mujer no resucita...

—Claro que no. Yo tuve en las manos el certificado de defunción, firmado por el doctor Torres. Yo acompañé al cadáver en la última ceremonia. Yo asistí a la cremación. Yo vi meter el ataúd en el horno. Yo vi las llamas. Yo había rozado, minutos antes, los párpados de Sonia Graham, como una última despedida. Yo mismo cerré la tapa del ataúd. ¡Infiernos! ¿Qué más pruebas necesito? ¡Yo mismo recogí sus cenizas! Pero al cabo de dos años ha vuelto, Lubens. Usted tiene aquí la prueba. Ha vuelto...

Su voz, que era firme al principio, se había desgarrado. Acabó de una forma quebrada y rota. Con la cabeza hundida sobre el pecho, Jacques Bastier, uno de los hombres más ricos de París, temblaba como un guiñapo.

Estaba muerto de miedo.

Eso era cierto. No podía disimularlo.

Sufría.

Lubens clavó en él unos ojos cargados de interés y, al mismo tiempo, cargados de profundo desprecio.

—No tiembles tanto Bastier —dijo—. Le diré lo que voy a hacer con la fotografía.

—¿Qué va a hacer?

—No es muy buena, pero nuestros laboratorios realizan milagros. Quizá por esa foto sepamos si se trata de una mujer maquillada, cosa de la que estoy casi seguro. Un maquillador profesional también hace milagros, usted lo sabe.

—¿Cree que...?

—Bueno, yo creo, sencillamente, que es una broma de mal gusto —dijo Lubens volviendo a chupar su pipa— y, en el fondo, es lo mismo que usted cree, pero necesitamos pruebas. El laboratorio las obtendrá.

—¿Pero por qué... una broma así?

Lubens se encogió de hombros.

—No lo sé... En todo caso, es usted quien tiene que darme la respuesta, amigo.

—¿Qué clase de respuesta?

—Pues verá... cuando a uno le hacen una broma de esa clase, es porque tratan de despertar en él ciertos malos recuerdos o ciertos lejanos remordimientos. Y esos remordimientos, ¿por qué pueden ser? Yo no lo sé, pero usted tal vez sí. En el fondo somos dos solterones y podemos hablar con franqueza. ¿Siempre se portó bien con Sonia Graham? ¿No intentó pasarse de la raya?

—¿Pasarme de la raya...?

—Sí, hombre, sí... Aprovecharse de su condición de jefe, para llevarla al dormitorio. Ella era una chica sin familia y, en el fondo, una absoluta desgraciada. Lo que se dice una presa fácil. ¿Trató usted de causarle algún daño?

Bastier palideció un momento.

Se notaba que la pregunta le había molestado mucho.

Pero sujetándose con fuerza a los brazos del sillón, murmuró:

—No trato de negarlo. Elijo chicas guapas porque puedo pagarlas mejor que nadie. Ellas deben comprender que, en ese sueldo espléndido, también han de ir comprendidas ciertas amabilidades.

—¿Sonia lo comprendió?

—A medias.

—¿Qué significa eso?

—Bueno... Nos disgustamos alguna vez. Pero no tiene importancia. Y usted tampoco tiene derecho a hacerme esas preguntas Lubens.

—Trato de ayudarle, después de todo. Si le han gastado una broma que puede llegar mucho más lejos, he de encontrar a la persona que ha tenido motivos para hacerla. Sonia no puede ser porque está muerta. Entonces, ¿quién...?

—No sé. No tiene parientes. Quiero decir que no los tenía. Me vuelvo loco. A veces hablo aun como si ella viviese...

Lubens se puso pesadamente en pie. Apenas podía sostenerse, pero gruñó mientras apoyaba sólidamente el bastón en tierra:

—Le diré lo que voy a hacer. Ante todo, llevar la foto al laboratorio. Después, hurgar en el pasado de aquella pobre

muchacha, porque tal vez haya algún pariente o amigo cuya existencia ignoramos. Más tarde le tendré al corriente de las noticias, pero usted procure no moverse de aquí. Por cierto...

—¿Por cierto qué...?

—¿Fue Sonia Graham la única de sus secretarias que murió?

Jacques Bastier se pasó dos dedos por la frente, que se había ido cubriendo de un frío sudor.

—Sí —musitó, al cabo de unos instantes—. La única. No sé qué motivo puede haber para que mis secretarias la diñen. ¿Es que soy un gafe?

—¡No, hombre, no! Sólo que ahora me ha dado por recordar a Vicky. Ella también fue secretaria suya, y desapareció. Sus padres, unos ancianos desvalidos, la reclamaron, pero inútilmente.

—¿Y yo qué sé adonde fue? Pudo largarse con cualquier jovencuelo y estar ahora durmiendo la siesta en Capri.

—Puede ser... Y ahora no quiero molestarle más, Bastier. Me largo. Pero me duele mucho el brazo, maldita sea... Y la condenada pierna... He de ajustarme bien los vendajes. ¿Hay por aquí un cuarto de baño?

—Sí. Al otro lado del pasillo.

—Pues permítame unos instantes... ¡Ah! Deme, también, el negativo de esa última foto. En el negativo se descubren, a veces, detalles que la copia no ha reproducido.

—Naturalmente que sí. Tome.

Lubens lo guardó todo y salió al pasillo, caminando pesadamente. Era tan torpe con el bastón, que dos veces estuvo a punto de caer. Al fin consiguió meterse sano y salvo en el lujoso cuarto de baño, que estaba íntegramente decorado con mármol rosa.

No se ajustó ningún vendaje. Lo que hizo fue quemar la foto y su negativo y luego arrojar las cenizas a la taza del W.

C. Descargó

el agua y las cenizas desaparecieron para siempre, sin que hubiese ya poder humano capaz de integrarlas otra vez.

La única prueba de la existencia de Sonia Graham había desaparecido. El no contó jamás con que la chica sería fotografiada de una forma clandestina. Pero ya que fue fotografiada, había que destruir los documentos. Bastier no tenía que poder demostrar

jamás, a nadie, que Sonia Graham existía realmente.

Suspiró satisfecho.

Ya había eliminado un peligro con el que no contó. Ahora se trataba de realizar el trabajo principal por el que había venido hasta allí.

El conocía muy bien la casa.

Había estudiado perfectamente los planos en el Colegio de Arquitectos, cuyos archivos lo conservaban todo. Antes de venir, se había trazado un perfecto esquema de las habitaciones; de las entradas y salidas.

Abrió la ventana de aquel cuarto de baño, que daba al lujoso jardín posterior de la finca. Hizo una seña.

La mujer apareció, de pronto.

Sonia Graham no llevaba ahora su falda corta, sus zapatos elegantes y sus seductoras medias. Usaba unos pantalones ceñidos, de color negro, que se ajustaban a sus líneas como una segunda piel. Un jersey también negro, de cuello de cisne, completaba el atuendo. Con eso había podido confundirse en la oscuridad del jardín, sin que nadie notara su presencia.

Pasó por la ventana.

Lubens susurró:

—Está en la biblioteca.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Dónde puedo ocultarme?

—De momento, tras las mamparas de la ducha. No creo que vaya a usarla a estas horas. Dentro de diez o doce minutos puedes salir y buscar otro escondite. Todo el pasillo está lleno de gruesas cortinas que te servirán estupendamente.

—Bien...

—Y ahora, suerte...

Lubens salió de allí. Pasándose un pañuelo por las sienes, dijo a Bastier que le aguardaba en el pasillo:

—Ya me siento algo mejor. Por cierto, ¿puede acompañarme hasta el coche? Mi chófer no se ha atrevido a entrar en el jardín con él.

—Con mucho gusto. Claro...

—Y ojo cuando vuelva. Su jardín está lleno de sombras. ¿Les

tiene miedo?

Y Lubens rió silenciosamente.

Pero maldita la gracia que le hizo a Jacques Bastier. Maldito lo que pensó al volver, cuando, en efecto, tuvo la sensación de que desde todos los rincones del jardín brotaban fantasmales sombras. Docenas de ojos que le seguían. Docenas de manos que le buscaban...

CAPÍTULO IX

El comisario Lubens, pese a estar dado de baja en el servicio, pasó por Prefectura y preguntó si habían descubierto a Alain Cluny. Porque, ahora, a Alain no le perseguían los agentes afectos a una sola comisaría, sino todos los policías de París. No en vano el doctor Torres le había acusado oficialmente de asesinato.

Una cierta acogedora calma remaba en el gran recinto desde el que se planeaban todas las operaciones, a gran escala, de la policía. El ambiente era suave, discreto. No había demasiado trabajo aquella noche.

Un enorme mapa mural, con indicadores luminosos que funcionaban de una forma muy precisa, indicaba en cada momento la situación de los coches patrulla, de los agentes de escucha y de los puntos de control. Bastaba echar una mirada a aquel tablero para darse cuenta de que se estaba efectuando una gran batida, pero esa batida no debía haber dado resultado aún, a juzgar por la expresión concentrada de los técnicos que se pasaban las órdenes y los datos, en voz baja.

Lubens saludó al hombre que estaba al mando del servicio aquella noche, el comisario principal Labian.

—¿Hay algún dato sobre ese hombre? —preguntó.

—No, ninguno, por ahora —dijo Labian—. Hemos encontrado su rastro en el último sitio donde pernoctó; una pensión barata de Montreuil, pero a partir de ahí, las pistas vuelven a perderse hasta que cometió aquel crimen en la casa del doctor Torres. Los testigos lo han reconocido inmediatamente, sólo viendo las fichas. Sin duda era Alain Cluny.

Lubens tomó asiento, porque las piernas no le sostenían. Desde allí miró las luces parpadeantes que indicaban la situación de cada coche patrulla, y el recorrido que estaba haciendo.

—Tiene que dormir en algún sitio... —murmuró.

—Cierto, pero París no se controla en una noche. Quizá se ha vestido como un *clochard* y está bajo un puente del Sena. O puede que haya encontrado una amiguita y esté en su piso, aunque todas las chicas a las que él conocía están siendo vigiladas.

Lubens pareció no prestar más interés a aquel asunto. Pero con voz baja y concentrada, murmuró:

—Ese hombre es, quizá, uno de los asesinos más peligrosos que hoy andan sueltos por París. Confío en que le den alcance, Labian... Pero ahora deme un dato que no tengo: ¿quién era el muerto?

—¿El que estaba en la casa del doctor Torres?

—Sí. El mismo.

—No lo sabemos exactamente aún. Según Torres, era un cliente. Según la documentación, era un falsario, pues nada de lo que llevaba era auténtico. Por los primeros datos que estamos deduciendo, se trataba de un alemán.

—¿Pudo hacer la guerra?

—Sí, por su edad, sí. Pero se conservaba muy fuerte y debía ser un elemento de cuidado a la hora de pelear.

—¿Llevaba tatuajes?

—¿Por qué pregunta eso?

—No sé... Es que no he podido acercarme a la Morgue y ver el fiambre con mis propios ojos. De lo contrario, no lo preguntaría. Lo de los tatuajes podría indicar que perteneció a ciertos cuerpos especializados durante la guerra. Por ejemplo las SS, ¿entiende? Algunos de sus miembros se tatuaban el grupo sanguíneo; otros la insignia de su grado; algunos, la cruz gamada; otros, en fin, la frase «Sangre y Honor». Me pregunto si el tipo al que mataron en casa del doctor Torres llevaba algo de eso.

—Llevaba un tatuaje, pero muy borrado.

—¿Cómo se lo borró?

—Quemándose la piel.

Lubens hizo un gesto de asentimiento.

—Eso indica que era un antiguo SS —murmuró—. Por lo general, todos ellos intentaron borrar sus tatuajes a partir del año 1945. Pero la cosa tiene sólo una relativa importancia, claro. Diga, Labian: ¿cuándo confía en atrapar a Cluny?

—No lo sé. Ya ve que mis hombres lo están controlando todo, pero por ahora sin resultado. Incluso hemos registrado los

dormitorios de la Ciudad Universitaria por si se había hecho pasar por un estudiante, pero sin sacar nada en limpio. De todos modos, calculo que no podrá esquivarnos más allá de un par de días, sobre todo porque necesita un sitio donde dormir.

Lubens se incorporó pesadamente.

—Claro... —dijo—. En fin, amigo mío, le deseo suerte, Y no olvide avisarme si ocurre alguna novedad, puesto que tengo una cuestión personal con ese sucio fugitivo.

Y salió. Volvía a moverse como un pesado robot, puesto que aún manejaba muy mal el bastón. Una vez en la calle, se dejó caer en el asiento posterior del coche oficial que estaba al servicio de la comisaría.

Se hizo conducir directamente a su apartamento de soltero. El chófer le ayudó a entrar en el ascensor y luego le abrió la puerta. Sólo le dejó, cuando Lubens le dijo que no necesitaba nada más.

El comisario entró en la gran sala donde tenía sus libros, sus botellas, sus cachivaches, sus discos, sus recuerdos. Donde tenía todas las cosas que le acompañaban en su vida de lobo solitario.

—¿Pero dónde se habrá metido ese maldito Cluny? —dijo en voz alta, sin poder dominar su inquietud—. ¿Dónde habrá logrado esconderse?

Fue entonces cuando distinguió las suaves volutas de humo que se elevaban por encima del respaldo de una de las butacas. Alguien estaba allí. Alguien fumaba tranquilamente.

La voz de Alain Cluny dijo, con una suavidad exquisita:

—¿Le molesta que fume su tabaco, comisario? De todos modos he de decirle que la marca no me gusta. Es indigna de un hombre como usted.

Y Alain se puso en pie. Iba bien vestido, pues sus ropas eran nuevas. Iba, también, perfectamente afeitado. Parecía como si acabase de salir de una de las butacas de platea del Olympia. Lo único que desmentía aquella impresión era la pequeña pistola niquelada que descansaba en su derecha.

Lubens
barbotó:

—¿Cómo infiernos has podido llegar hasta aquí?

—Ya sabe que es muy sencillo entrar, comisario, y ya podía imaginar, también, que éste iba a ser mi refugio predilecto. El único

sitio de París donde a la policía no se le ocurrirá buscarme. El único sitio donde puedo dormir, encontrar comida, buenos licores, mal tabaco y hasta algo de dinero si lo necesito. ¿Qué puede pedir más un hombre honrado como yo?

El comisario estaba lívido.

Con voz opaca, que recordaba el sonido de un órgano estropeado, balbució:

—Has llevado tu atrevimiento demasiado lejos, maldito buitre. No olvides que puedo telefonar. Y me bastará lanzar un grito para que acudan los vecinos.

—No me opongo a que telefonee, Lubens, pero antes vamos a hablar. Hay tantas cosas oscuras en su actitud, que me las va a explicar una a una. Quiero conocer la verdad, desde la primera a la última sílaba. Y ahora siéntese.

Le dio un empujón.

Como Lubens apenas podía sostenerse en pie, sólo faltó aquello para hacerle perder el equilibrio. Quedó medio tumbado en uno de sus butacones, mientras lanzaba una maldición.

Alain murmuró:

—¿Va armado? Más vale que me lo diga, antes de que pierda la paciencia.

—Sí, claro que voy armado. Llevo mi pistola de reglamento.

—Escúpala.

Lubens la sacó con dos dedos. Sabía que el otro no estaba para bromas. Con un gesto lleno de hastío, la lanzó bien lejos de allí, sobre la alfombra, anticipándose al deseo de Alain.

—Perfecto —dijo éste—. No soy un salvaje y no quiero causarle más molestias que las necesarias, comisario, pero le partiré la cara en cuatro pedazos, si hace falta. ¿Quiere beber algo?

—Creo que lo necesito, maldita sea...

—¿Un poco de coñac?

—Sí. La botella está en esa estantería.

Alain se volvió.

Sabía que el comisario estaba desarmado.

Pero no contó con que el bastón que el comisario empuñaba era un bastón de estoque. No se dio cuenta de que, al mover un resorte en la empuñadura, la hoja de acero brotaba a su espalda, silenciosamente.

CAPÍTULO X

Jacques Bastier volvió a entrar en la casa, después de atravesar el jardín sumido en sombras. Dijo a sus dos criados que podían irse a dormir.

Luego se encerró en la biblioteca, mientras miraba como un obseso las largas filas de volúmenes; los cuadros que valían una fortuna y los objetos de arte, diseminados aquí y allá. Todo aquello, de repente, le parecía hostil y extraño, como si no perteneciera a su mundo.

Hizo un gesto de inquietud, porque volvía a sentir aquella especie de vértigo que tanto le había atormentado desde que apareció Sonia Graham, y fue al mueble bar para prepararse una bebida fuerte. La necesitaba.

Se volvió, con el vaso en la mano.

Y entonces lo vio.

Era un pequeño reloj de oro. Era un modelo no de los más costosos, pero al fin y al cabo comprado en *Cartier*. Aquel reloj se lo había regalado él a Sonia Graham dos años antes, cuando pensaba convencerla, por las buenas, para que entrase en su dormitorio. Pero Sonia Graham se resistía. Aquel reloj fue una de tantas cosas que no sirvió de nada.

Los ojos de Jacques Bastier se dilataron.

Otra vez tuvo aquella absurda sensación de que el tiempo no existía. De nuevo creyó estar sufriendo una alucinación.

¿Quién había puesto aquel reloj allí? ¿De dónde había llegado?

Porque unos segundos antes, no estaba...

Jacques Bastier sintió que le rodeaba el silencio. Manos ocultas parecieron acercarse a él desde las sombras. La casa entera parecía respirar de una forma acompasada y lenta, como un inmenso animal al acecho.

Sintió frío en la espina dorsal.

Con toda la rapidez que le fue posible, salió de allí para despertar a uno de sus criados. El miedo le dominaba.

Salió al pasillo.

Allí siempre había una luz encendida.

Pero, ahora, estaba apagada.

Alguien había dejado el pasillo a oscuras.

Sintiendo que un sudor cubría sus sienes, dándose cuenta de que su mandíbula empezaba a temblar, Jacques Bastier se deslizó por la pared. Necesitaba estar pegado a ella para convencerse de que nadie le atacaba por la espalda.

Pulsó el interruptor de la luz.

Pero no se encendió la lámpara. Alguien había aflojado las bombillas. Bastier sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Necesitaba tragar aire para respirar. Se estaba ahogando y notaba que las rodillas no le sostenían.

Pero pudo llegar hasta el dormitorio de su criado de más confianza, que era, a la vez, un auténtico guardaespaldas. En cuanto le contase a él lo que ocurría, ya no habría motivo para sentir miedo. Estaría bien defendido.

Empujó la puerta.

—Duc... ¿Estás ahí?

Silencio.

También aquel dormitorio parecía cargado de pesadas sombras.

Pulsó el interruptor de la luz y ésta iluminó la estancia. Al menos aquí no habían aflojado las bombillas. Bastier vio la magnífica colección de armas de caza de Duc, su criado-guardaespaldas. Armas de caza que estaban cuidadosamente calibradas para matar, incluso a gran distancia. Otras, con los cañones aserrados, podían pulverizar materialmente a un hombre que estuviera a pocos pasos. Allí había un auténtico arsenal, cosa que no resultaba extraña teniendo en cuenta que Duc era uno de los responsables de la vida de Jacques Bastier.

Éste clavó sus ojos en la cama.

Estaba vacía.

—Duc... —llamó—. Duc...

Nadie le respondía. Daba la sensación de que el guardaespaldas no había ido a descansar aún. Y si estuviera en el contiguo cuarto de baño, le contestaría al oír su voz.

¿Qué infiernos estaba ocurriendo?

Con el frío de la muerte metido en sus huesos, Jacques Bastier fue hacia la ventana y movió las cortinas. Detrás de éstas no había nadie. Luego abrió bruscamente uno de los dos grandes armarios que había en la habitación.

Y Duc pareció saltar sobre él.

Cayó a plomo. Bastier hubo de apartarse, lanzando un grito cuando el cuerpo sin vida se desplomó desde el interior del armario hacia el suelo.

La sangre también pareció saltar con él.

Una auténtica serie de líneas rojas.

La sangre brotaba de su cuello, donde una auténtica garra se debía haber hincado minutos antes, destrozando la carótida.

Jacques Bastier lanzó otro grito mientras sus rodillas se doblaban definitivamente. No podía más. Como un perro herido se arrastró hasta la mesita donde estaba el teléfono.

Fue a descolgarlo.

Y, de pronto, una mano se posó en la horquilla.

Era una mano enguantada.

Delicadamente enguantada.

La mano de una mujer.

Jacques Bastier, que aún seguía de rodillas, vio las piernas maravillosamente torneadas, vio los zapatos última moda, vio el borde de la falda. Y sin necesidad de llevar los ojos hasta el rostro, supo ya quién era la mujer que estaba allí.

De su garganta escapó una especie de quejido animal.

Sonia Graham le sonrió desde arriba, suavemente.

—¿Qué pasa, querido? —musitó—. ¿Son nervios?

Con un gemido ronco, Jacques Bastier intentó poner se en pie. Intentó sujetar, como fuese, el teléfono que ella retiraba.

Pero ya no pudo.

De pronto, las fuerzas le fallaron definitivamente, de pronto, todo empezó a dar desesperadas vueltas en torno suyo.

Cayó sobre la mesita, volcándola. Su cerebro no había podido resistir aquello. El terrible *shock* que sufrió fue como una descarga eléctrica.

Antes de perder el sentido, lo último que oyó fue una risita sardónica que parecía llenar la habitación entera.

CAPÍTULO XI

Alain se había vuelto, con dos vasos sin llenar. Fue a preguntar, con una sonrisa amable:

—¿Son éstos los que usa?

Y, de pronto, vio la punta del estoque que venía hacia él. De pronto, se dio cuenta de que todo estaba cambiando, de que en sólo unos segundos las cosas habían dado un vuelco radical.

El estoque iba hacia él.

Parecía buscar su garganta.

Alain Cluny lanzó un sordo grito. Aun sabiendo que el comisario Lubens le había traicionado ya una vez, aun sabiendo que no podía considerarle amigo suyo, tampoco esperaba esto. Pudo ladearse en el último instante, mientras el estoque pasaba rozándole y acababa por clavarse en la pared.

Alain dio un seco golpe al brazo derecho del comisario. Éste acabó desplomándose a sus pies, porque la pierna lesionada no le sostenía y porque, en este momento, no podía contar con la ayuda de su bastón.

El terrible golpe que recibió en las costillas, le dejó sin respiración.

Los ojos del comisario se nublaron. Ya no estaba para recibir aquellos impactos, y Alain Cluny lo había castigado a placer. Incluso, por un instante, temió que le hubiera hundido un par de costillas.

Pero Alain dijo, secamente:

—No tema, no he querido dejarle completamente inútil para el servicio. Y ahora póngase en pie, Lubens.

Y si no puede hacerlo, arrástrese hasta la butaca como un sapo. Arrástrese como lo que es.

Lubens obedeció.

No tenía otro remedio.

Se acomodó como pudo en la butaca, mientras contenía un gesto de dolor.

—Te juro que... no quería matarte —susurró.

—¿No? Pues el estoque me ha pasado rozando...

—Las piernas me fallan y... no he podido apoyarme bien.

—¿Sí, eh? De todos modos el estoque me hubiera atravesado si no llego a ladearme a tiempo. Con ganas, o sin ellas, usted me habría convertido en un fiambre, comisario. Un estupendo trabajo.

—Es posible que haya cometido... algo peor que una imprudencia.

Alain Cluny vertió en uno de los vasos un chorro de ron. Se lo dio a beber a Lubens. En sus ojos había curiosidad, no odio.

—Y ahora dígame la razón —murmuró—. Dígame por qué ha intentado quitarme de en medio, o al menos amenazarme de muerte. Dígame por qué sabía que Sonia Graham vivía en aquella casa. Yo no le di la dirección; sólo le di el nombre. Pero usted supo perfectamente en qué sitio podría encontrarme.

Lubens guardó silencio. Se tuvo que pasar un pañuelo por la frente, ya empapada de sudor.

—Alain —dijo—, yo te he hecho pequeños favores desde que torciste el camino. En el fondo, siempre has confiado en mí.

—Me equivoqué también en eso, Lubens; nunca debí confiar en usted. Pero no hemos venido a discutir la sinceridad de nuestras relaciones, sino a que me explique el porqué de todo este misterio. Quiero saber qué relación tiene con Sonia Graham, y con la mujer desconocida que vive en su compañía.

—¿La viste?

—No. Sólo encontré sus huellas.

Lubens no disimuló un cierto gesto de alivio. Volvió a pasarse el pañuelo por la frente, antes de contestar:

—Por favor, Alain... Dame un par de días para que yo mismo pueda resolver todo esto. Si piensas que ves las cosas con claridad, estás equivocado. Y muy mal puedo explicarte yo una cosa que no entiendo.

—Pues explíqueme también lo que entiende, Lubens. Estoy metido, por su culpa, en un asqueroso lío y quiero salir de él. Hable. El comisario hundió la cabeza.

Y al fin susurró con un gesto de impotencia:

—Escucha.

CAPÍTULO XII

Mientras cargaba su pipa para infundirse serenidad, dijo con voz opaca:

—Lo primero que he de decirte es que todo fue una venganza organizada por mí mismo.

—¿Una venganza contra quién?

—Contra Jacques Bastier.

—¿Por qué?

—Porque es un cochino hijo de perra.

Alain no estaba acostumbrado a que el viejo comisario hablase así, ni siquiera estando de servicio. Con un gesto de asombro, arqueó una ceja.

—¿Qué hizo? —susurró.

—Engañó a Vicky miserablemente. La convirtió en una trastornada. La drogó. La dejó hecha una piltrafa, después de conseguir de ella todo lo que quería conseguir.

—¿Vicky? ¿Quién es Vicky?

—Tú ya te diste cuenta de que junto a Sonia vivía otra mujer, ¿no?

—En efecto.

—Bueno, pues es ella.

—¿Vicky había trabajado con Bastier?

—Sí. Era una de sus secretarias.

—¿Bonita?

—Fantásticamente bonita y joven. Lo tenía todo. Era, justamente, el ideal de mujer que un tipo como Bastier había estado deseando siempre.

—¿Qué pasó con ella?

Lubens suspiró con desaliento.

—Para explicarlo hay que conocer a Bastier —susurró—. Te explicaré, por ejemplo, el sucio truco de la máquina fotográfica, que

tiene instalada en los bajos de uno de sus sillones. A partir de ahí puedes deducir todo lo demás.

Y narró sucintamente el sistema que tenía Bastier para fotografiar las piernas de las aspirantes a secretarias, mientras hablaban con él, sin que las muchachas lo sospecharan. Aquella manía hubiera tenido algo de infantil caso de terminar ahí, por supuesto, pero las fotografías no eran el fin, sino el principio. A partir de ahí, Bastier era capaz de destruir la vida de la muchacha elegida.

—Por supuesto —continuó Lubens— cuando una muchacha aceptaba estar a sus órdenes, sabía bien pronto lo que significaba eso. Pero no hay que dramatizar, naturalmente. Muchas secretarias privadas duermen con sus jefes y no por eso el mundo se hunde. Algunas acaban casándose con tipos conformistas; otras fueron instaladas por algún amiguito, y bastantes terminaron exhibiéndose en los bares más o menos discretos de las calles de París. El número de mujeres con las que Bastier ha seguido ese método a lo largo de los años, es casi incalculable. Y yo no me hubiera metido nunca en eso, de no ser por lo de Vicky.

—¿Qué ocurrió con ella?

—Que no era como las otras; se resistió.

—¿Y qué? Bastier ya debía contar con que un buen porcentaje de chicas no se doblegaría, ¿es así?

—No, no es así. Jacques Bastier es uno de los individuos más orgullosos y más obstinados que existen. No aceptó que Vicky se le resistiera. Al contrario, eso enardeció aún más su deseo. Se convirtió en una obsesión.

—¿Y qué es lo que llegó a hacer? ¿Usted lo sabe, Lubens?

El comisario hizo un gesto brusco. Incapaz de cargar su pipa, la arrojó con rabia contra una mesa.

—Claro que lo sé —dijo roncamente—. La aficionó a las drogas. La destrozó. Anuló su voluntad, pero aun así, ella se resistía. Lo peor era que se había aficionado a la ración diaria de tóxico y no podía cambiar de empleo, porque Bastier le proporcionaba esa ración, terminó cediendo. Lo peor para Vicky no fue eso, sino el haberse convertido, antes, en una toxicómana. A depender absolutamente de la heroína que el otro le suministraba.

Hizo una mueca amarga y añadió:

—Cuando Bastier se cansó de ella la pasó a otros. Dada la belleza que conservaba Vicky, y su incapacidad para resistirse, era una muñeca de placer que ciertos clientes de Jacques Bastier apreciaban de una manera extraordinaria. En especial los árabes. ¿Tú sabes que Bastier hace muchos negocios con ellos?

—No —dijo Alain secamente—. El mundo de las finanzas no es precisamente el mundo donde me desenvuelvo mejor.

—Be todos modos, sabes perfectamente que entre los árabes y los antiguos nazis hay una serie de ligámenes muy estrechos. Y Jacques Bastier es un antiguo nazi. La buena marcha de sus asuntos requería, a veces, poner una mujer preciosa, y que no fuese una media virtud, a disposición de ciertos clientes egipcios, marroquíes o sirios. Para eso le sirvió Vicky, que muchas semanas pasó hasta por doce manos distintas. En ciertas bacanales que se organizaron en las diversas mansiones de Bastier, Vicky era la figura más degenerada y, al mismo tiempo, más voluptuosa.

Hizo un gesto amargo, como si todos aquellos recuerdos le abrumasen. Al fin guardó silencio porque sentía una brusca opresión en el pecho. Alain Cluny también tenía la mirada lejana, perdida en el vacío.

Y al cabo de unos instantes fue él quien susurró:

—Eso, ¿qué le importa a usted, Lubens? ¿Acaso era pariente de Vicky?

—No, no lo era. Incluso no la conocí hasta tiempo después de haber pasado lo peor, cuando ella estaba recluida en un sanatorio para intoxicados por las drogas. Había ido por su propia voluntad, al darse cuenta del abismo en que estaba hundida, y sin que lo supiera Bastier. Incluso, para que él no la encontrara, tuvo que dar un nombre falso. Y no escribió a sus padres porque tenía la suficiente claridad mental para avergonzarse del abismo en que había caído. Por eso, ellos la dieron por desaparecida y denunciaron el caso. Yo intervine por pura obligación profesional.

—Y encontró a Vicky...

—Sí.

—¿Por qué no lo dijo?

—Porque aún no estaba curada. Yo quería sacarla de allí, convertida de nuevo en una mujer normal. Para eso necesitaba al menos dos años y en un régimen mucho mejor que el que tenía en

aquel sanatorio barato. La puse en manos de... alguien. Pero de eso hablaremos más adelante. Lo peor era que, a todo esto, había empezado el proceso de descomposición moral de Sonia Graham.

—¿Sonia Graham? ¿También se había contratado como secretaria de Bastier?

—Sí. Al desaparecer Vicky. Y ella amenazaba con correr el mismo trágico destino, puesto que era más bonita aún que Vicky y también se resistió. Bastier empezó a acostumbrarla, discretamente, a la droga.

—¿Y usted por qué intervino, comisario? ¿Porque era un caso de corrupción?

—Un tipo tan importante como Bastier hubiera salido muy bien librado de esa acusación de corrupción —dijo Lubens, rencorosamente, por entre sus dientes apretados—. Por lo tanto, decidí hacer algo mucho más grave para él. Decidí hundirle por mí mismo.

—Pero usted es un agente de la ley, comisario... ¿Por qué todo eso?

—Por una razón personal. Porque Sonia Graham es mi ahijada. Si piensas que un viejo solterón como yo no tiene sentimientos, te equivocas, Alain. Si crees que no puedo depositar cariño en alguien, te equivocas más todavía.

Alain Cluny entreabrió los labios. Se había iniciado en ellos una mueca de asombro y no trató de disimularla. Con un gesto en el que había mucho de comprensión, un gesto lleno de suavidad, devolvió su pipa al comisario.

—Siga —dijo, suavemente.

—Por el relato de Vicky, supe perfectamente lo que había ocurrido —continuó Lubens—, y utilicé a Sonia Graham como instrumento de mi venganza. Puesto que ella también iba a necesitar una cura de desintoxicación bastante prolongada, la puse en manos de alguien que podía curarla. Debían curarse juntas las dos, Vicky y ella, aunque Vicky estaba mucho más grave. Por otra parte, Sonia aun no sabía sufrido ninguna clase de violencia sexual. Eso me llevó a imaginar un plan en el que había un detalle fundamental: Sonia Graham debía aparecer a los ojos de Bastier, como una muerta.

—¿Por qué?

—Todo te lo explicaré a su tiempo. Fingimos un accidente de autopista, me puse en contacto con el doctor Torres, que podía firmar el certificado de defunción, e incineramos el cadáver delante del propio Bastier.

Ahora sí que Alain no pudo evitar que sus dientes entrechocaran de asombro.

—¿Qué dice? —musitó—. ¿Qué incineraron el cadáver? ¿Qué cadáver?

—Ninguno.

—Jamás podré entender eso, Lubens. ¿Se hizo todo delante de Bastier?

—Sí. Y él mismo vio cómo el cuerpo de la muchacha entraba en el horno.

—Pero... ¡por todos los infiernos! ¡Eso es imposible...!

El comisario siguió, imperturbable:

—Al cabo de una hora nos entregaron las cenizas.

Otra vez entrechocaron los dientes de Alain Cluny.

—Es imposible... —volvió a barbotar—. ¡Imposible...!

—Todo tiene su explicación —dijo Lubens, mientras al fin lograba atascar bien su pipa—, pero dejaremos eso para el final. Lo que trato de decirte es que Sonia ya no existía. Que el cerdo de Jacques Bastier tenía más motivos que nadie para asegurar que estaba muerta. Dos años después, cuando estuviera completamente sana, tenía que reaparecer.

—¿Dos años después? ¿Dónde iba a pasarlos?

—En la casa donde estuviste tú y donde murió aquel violador. Aquel maldito llamado Morían. El doctor Torres, un especialista, las había de atender a diario.

—El doctor Torres... —dijo Alain, con una entonación especial.

Pero en seguida pareció olvidarse del pensamiento sombrío que había pasado por su mente, para añadir:

—¿Con qué objeto había de aparecer de nuevo Sonia, al cabo de dos años?

—Con el de volver loco a Jacques Bastier. Con el de ejercer sobre él la venganza más refinada, más cruel, que mi cerebro podía concebir en aquel momento. Si él había dejado a Vicky convertida en una piltrafa humana, si había tratado de hacer lo mismo con Sonia, yo decidí que él acabaría mucho peor. Llevarle a la cárcel no

hubiera sido nada. En cambio, verle hundirse poco a poco, perder la razón, verle acabar en un manicomio para siempre era, para mí, la venganza más refinada que podía soñar. Por lo tanto, decidí hacer aparecer a Sonia en el momento oportuno.

Alain vaciló.

Dijo, con un soplo de voz:

—¿Hacerla aparecer...?

—Sí. Fue a pedirle trabajo, como si tal cosa. ¡Ah...! No fue eso solo. Uno de mis especialistas en allanar moradas colocó en una de las paredes de la casa de Bastier, un viejo cuadro que no estaba allí desde la desaparición de Sonia. El dueño de un bar que había cerrado para establecerse en Jamaica y que de nuevo flotaba por París, me prestó otro servicio: contestó a la llamada de Sonia cuando ella fingió llamar al bar. Ese bar estaba cerrado desde dos años antes. Bastier debió tener la horrible sensación de que había caído en la más profunda sima de la locura. De que Sonia Graham había resucitado y el tiempo no existía.

Pesadamente se puso en pie. Ya no le dolía tanto el costado, pero necesitaba moverse. Con voz ronca pidió:

—¿Por qué no me dejas reflexionar ahora, Alain? Te juro que hay muchas cosas que no entiendo. Muchas cosas... Todo lo de Torres no lo entiendo, por ejemplo. Ni esas muertes... Ni la incomprensible actitud de Sonia y de Vicky... Si no estuviese postrado aquí ya lo habría averiguado por mí mismo, pero en este momento, soy como un trasto que nada puede hacer. Y por razones muy sencillas y que tú comprendes muy bien, no puedo pedir la ayuda de nadie. —Hizo un nuevo gesto de cansancio—. Por favor, déjame solo, ahora... Mañana seguiré explicándote detalles que he de poner en orden. No puedo pretender que tú entiendas, ahora, cosas que no entiendo yo mismo.

Alain Cluny apretó los labios.

Había en su rostro una cierta mueca de ansiedad. Sabía que Lubens había sido sincero y deseaba que terminara de explicárselo todo, al mismo tiempo, se daba cuenta del terrible cansancio que se había adueñado del comisario. Era un cansancio absoluto, un cansancio a la vez físico y moral que le vencía. Lubens era viejo, pero en este momento lo parecía más. Parecía un hombre completamente derrotado, aplastado, hundido.

Alain le pasó otro vaso de ron, mientras murmuraba:

—*Play* algo que quiero aclarar antes de mañana: ¿por qué intentó detenerme cuando le telefoneé desde la casa de Sonia?

—Para poder incomunicarte en seguida. Para estar seguro de que no dirías a nadie que habías visto a Sonia Graham. No tenía que haber la menor duda de que Sonia estaba muerta, porque de lo contrario, si Bastier llegaba a saberlo, se daría cuenta de que allí existía alguna clase de trampa. Y nunca sería ingresado en un manicomio, que es lo que yo pretendo.

El joven hizo un gesto de asentimiento.

Comprendía que tenía que dejar descansar a Lubens. Por otra parte, el comisario no se le escaparía.

—Está bien —dijo— acabaremos esta conversación mañana. Pero supongo que puedo pasar aquí la noche...

—Por supuesto... Éste es el sitio más seguro de París. Aquí no te buscará nadie.

Alain hizo un gesto de asentimiento y fue a una de las habitaciones del fondo. Pero él también necesitó un trago de ron.

Pensaba en el doctor Torres, pensaba en los dos años transcurridos desde la *muerte* de Sonia, pensaba en mil cosas. El mundo entero parecía dar vueltas en torno suyo.

Y decidió no continuar por más tiempo con aquella duda, una duda que el propio Lubens no le podía aclarar ahora. Cuando llegó a la habitación donde teóricamente hubiese debido pasar la noche, ya había tomado una decisión.

Al diablo todas las precauciones.

Al diablo la policía.

CAPÍTULO XIII

Si había una cosa de la que Alain Cluny estaba seguro, era ésta: Lubens no había tratado de engañarle. Y esta otra: Lubens no podía fiarse ya de la conducta del doctor Torres. De eso menos que nada. Y muy poca cosa podría averiguar el viejo comisario, por sí mismo, mientras tuviera una pierna hecha cisco y un brazo roto.

Por lo tanto, Alain decidió resolver eso por sí mismo. Decidió plantear un desafío a todos los policías de París.

Silenciosamente, se descolgó por la ventana de la habitación y consiguió llegar fácilmente hasta la calle. Una vez allí anduvo un par de travesías y tomó un taxi hasta la Avenue Axelmans, donde Torres tenía su lujosa residencia.

No se detuvo ante la misma casa, sino a cierta distancia. La amplia calle estaba casi vacía a esa hora y apenas hay tráfico. Alain observó el edificio rodeado por las sombras.

Había un gendarme en la puerta.

Sin duda, la Prefectura había decidido montar un pequeño servicio de vigilancia después de la denuncia hecha por el doctor Torres.

El hecho de que un gendarme estuviese allí indicaba que el médico no deseaba vulnerar la ley. O que, al menos, fingía no vulnerarla. Pero no fue eso sólo lo que notó Alain.

Ocurría, además, algo extraordinario.

Algo que en principio el joven no logró entender.

Una furgoneta de pompas fúnebres estaba también detenida ante la casa. Un par de empleados entraron y salieron varias veces.

Alain estaba casi aturdido.

No lo entendía.

¿Es que había muerto el propio Torres?

¿Qué diablos ocurría allí?

De pronto vio algo que comprendió aún menos. Un cadáver

cubierto con una manta fue sacado en camilla de la casa e introducido en la furgoneta. Otro segundo cadáver le siguió a continuación.

Las puertas del fúnebre vehículo fueron cerradas.

El chófer se dispuso a arrancar.

Alain sintió que sus dedos temblaban. No entendía nada de aquello, pero era necesario hacer algo. Mientras sus nudillos crujían, tomó una decisión.

Para él resultaba muy sencillo robar un coche, sobre todo si no tenía dispositivo de seguridad. Eligió un viejo modelo, un «Simca» de diez años atrás, que estaba cubierto de polvo en una esquina y que, sin duda, no tenía antirrobo. En un santiamén, empleando una lima de uñas, lo abrió. Segundos después, había hecho el puente y lo ponía en marcha.

Aún tuvo tiempo de seguir a la furgoneta.

Ésta rodaba a poca velocidad, respetando escrupulosamente las normas de tráfico, hacia Montparnasse. No cabía duda de que la furgoneta era auténtica, y sus servidores también lo eran. Igualmente era auténtico el sombrío edificio de la rue Dijon, donde se detuvieron cuando ya eran las dos de la madrugada.

Alain leyó el pequeño rótulo de la puerta: FUNERARIA DE GUY LECLERC.

Era lógico que la furgoneta con dos cadáveres se hubiese dirigido allí, pero Alain aún seguía sin comprender. Vio que el vehículo entraba por una puerta de carruajes, que se cerró instantáneamente. El dejó el «Simca» a poca distancia y se deslizó entre las sombras.

Tenía que entrar allí cuanto antes.

Y como fuese.

Puesto que el edificio formaba esquina, tanteó una de las ventanas laterales. Nadie pasaba por la calle en aquel momento y su trabajo fue relativamente cómodo, aparte de que pudo realizarlo con la rapidez de un profesional. Instantes después entraba en la funeraria.

No era lo que se dice un sitio confortable para pasar la noche.

El edificio tenía, por dentro, un aspecto antiguo, hosco, casi siniestro. Las baldosas de las paredes parecían enviar un aliento helado. En los rincones se replegaban las sombras y, de detrás de las

puertas, surgían murmullos que parecían despertar un eco de ultratumba.

Todo acompañaba para crear esa extraña sensación: la vejez del edificio, la hora de la noche, el macabro destino que se daba a aquellas habitaciones... Alain, pese a tener unos nervios completamente inalterables, se dio cuenta de que estaba deseando largarse de allí. Pero continuó deslizándose, como una sombra, por un pasillo interminable, hasta llegar a dos grandes puertas metálicas.

Las empujó un poco, dejando solo un resquicio que le permitiera ver. No produjo el menor ruido. Ni un perro policía hubiera olido allí la menor anormalidad. El ojo derecho de Alain se pegó al resquicio.

Lo que tenía ante sus ojos, era la sala que daba acceso al horno crematorio. Los empleados de pompas fúnebres, sin duda auténticos, iban a ser testigos de dos cremaciones, acto perfectamente legal y que podía realizarse también a aquellas horas de la noche. Alain estaba más confundido cada vez y ya no sabía qué pensar. Sus nervios, por primera vez en mucho tiempo, vibraban sin que pudiera dominarlos.

Se dio cuenta de que las cremaciones iban a ser dos.

Uno de los empleados de pompas fúnebres alzó la tapa del primer ataúd, pues los dos cadáveres habían sido colocados ya en ellos.

Alain pudo ver la figura contenida en él. Era la de un hombre de unos sesenta años, alto y delgado, con aspecto claramente nórdico. Podía ser danés, alemán o sueco. Su cuerpo estaba completamente rígido y su rostro mostraba la palidez de la muerte.

El doctor Torres estaba también allí. Y otro hombre bien vestido y que llevaba un distintivo en la solapa. Posiblemente era el dueño de la funeraria.

Uno de los empleados firmó un papel y lo entregó al doctor Torres.

—Todo listo, señor —dijo—. Certificado de defunción, firmado por usted; certificado conforme hemos conducido el cadáver aquí, y certificado de que somos testigos de la cremación. El asunto René Albot está en regla.

René Albot debía ser el tío metido en el ataúd. Alain vio que

abrían la boca del horno crematorio, donde el fuego rugía materialmente. Ni el fuego era falso ni allí había ninguna trampa. Aquello era el infierno.

El ataúd fue introducido por aquella boca. Ésta se cerró.

El doctor Torres dijo, suavemente:

—Para la destrucción completa necesitamos media hora, con el horno a toda presión. Pueden ustedes tomar algo, si lo desean. O fumar. Pero no se muevan de aquí hasta que todo haya terminado.

—Naturalmente, doctor —dijo el funcionario que antes le había entregado las certificaciones—. Es nuestro deber.

Alain tragó saliva penosamente. Seguía sin entender del todo aquello, pero al menos había una cosa cierta: no se trataba de ningún acto ilegal. Dos personas habían muerto por causas naturales en casa del doctor Torres y éste había extendido el certificado de defunción. De ello haría las veinticuatro horas reglamentarias. Y ahora, con todos los requisitos legales, se procedía a la cremación. Nada que objetar. ¿Nada...?

Pero entonces, todo aquello... ¿por qué? ¿Es que Torres efectuaba un acto verdaderamente legal? ¿Es que todo aquello no ocultaba un segundo propósito?

El joven se retiró de la puerta.

Corría allí, un peligro innecesario.

Puesto que nada iba a ocurrir durante media hora, no había necesidad de que siguiera en aquel lugar. Por lo tanto regresó al pasillo.

Se acercó a una de las ventanas para comprobar si el edificio estaba vigilado.

Y entonces tuvo una de las sorpresas más brutales de su vida.

Creyó haberse vuelto loco también.

De pronto lo vio...

El hombre del ataúd.

El que había visto entrar en el horno crematorio.

¡Salía tranquilamente por una puerta lateral!

¡No se habían chamuscado ni sus ropas!

Entró en un coche que le estaba aguardando, encendió un cigarrillo y se alejó a poca velocidad.

Alain Cluny sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

De pronto tuvo la sensación de que el muerto era él.

O de que, ¡por todos los demonios!, poco le faltaba...

CAPÍTULO XIV

El joven quedó quieto allí, con la mente en blanco, sin poder entender, sin darse cuenta de que aquello no era una pesadilla, sino una siniestra e incomprensible realidad. No se dio cuenta de lo que le ocurría.

Llegó a perder la noción del tiempo.

Y en torno suyo, el silencio se hacía más espeso, más agobiante, más mortal, si es que esa palabra podía aplicarse a lo que ya era mortal en sí: una funeraria.

De pronto pareció volver en sí.

Había transcurrido mucho tiempo. Al mirar el reloj tuvo un sobresalto. Volvió junto a la puerta metálica, la entornó de nuevo y contempló otra escena extraordinaria, otra escena que no hubiera podido imaginar jamás: el propio dueño de la funeraria entregó al empleado de pompas fúnebres, una urna.

—Éstas son las cenizas —dijo—. Puesto que ningún pariente de ese hombre las reclama, deposítenlas en el cementerio durante un año. Ustedes mismos anotarán los datos para la identificación.

—De acuerdo, señor.

—Y ahora vamos con el segundo cadáver.

La tapa fue alzada.

Alain vio perfectamente el cuerpo de la mujer metido en el interior.

Era una mujer joven, una mujer preciosa, una mujer desconocida. Era una hembra cuya edad, cuya estatura resultaron reveladoras para Alain. Y éste estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque estaba seguro de que la mujer encerrada allí era...
¡Vicky!

CAPÍTULO XV

Otra vez un mazazo en el cráneo pareció aturdir a Alain. Otra vez pensó que aquello no tenía sentido, que no podría entenderlo jamás.

Pero, poco a poco, la lucecita se fue encendiendo en su cerebro. El era inteligente, estaba habituado a pensar. Y una serie de rápidas conclusiones llegaron, como chispazos, a su mente.

Algunas cosas, al menos, empezaban a estar claras para él:

Ni él individuo al que había visto salir, ni Vicky, estaban realmente muertos.

Un estado cataléptico provocado por el propio doctor Torres no resultaba difícil conseguirlo. Incluso hay métodos bastante rutinarios para lograrlo. Puede alcanzarse hoy día desde la total inmovilidad, hasta la anulación de los reflejos de la retina, que es una de las señales más evidentes de la muerte.

Luego los cuerpos, una vez firmado el certificado de defunción por el propio doctor Torres, eran conducidos de forma absolutamente reglamentaria e irreprochable, pero siempre de noche para no llamar la atención, a la funeraria de un cómplice. Éste procedía a la *cremación*, tras lo cual entregaba las cenizas, y ya nadie podía dudar de la realidad de la muerte, que, además, no dejaba ninguna huella comprobable más tarde. Para hacer *desaparecer* del todo a alguien, el sistema era ideal.

Claro que... ¿cómo se evitaba la auténtica cremación, si en el horno no había trampa?

También el cerebro de Alain llegó a darle la respuesta.

En el fondo, era sencillo.

Sus ojos brillaron mientras lo imaginaba.

Unos ataúdes especiales. Unos ataúdes que, debajo del forro de seda, tuvieran una capa muy gruesa de porcelana refractaria, lo bastante resistente para permitir el paso del ataúd por el horno,

saliendo por la puerta del lado opuesto. Total, dos o tres minutos. El de dentro no llegaba a notar, ni siquiera graves molestias, aunque la experiencia tenía su miga, ¡qué demonios!

Eso explicaba la *muerte* de Sonia Graham.

Eso explicaba muchas cosas.

Alain hizo crujir sus nudillos.

No abrigaba el menor temor por Vicky, aun cuando comprendió que se trataba de hacerla *desaparecer*. Por lo tanto, decidió dar una lección a los que habían organizado aquella fiesta.

Saltó en silencio por la ventana del pasillo y entró de nuevo, cuatro ventanas más allá. Tuvo que forzar una puerta metálica y atravesar una sala. Allí se encontró con la otra parte del horno, con la parte posterior.

Dos hombres estaban allí. Tenían aspecto de matones profesionales, por lo que cualquier parecido con empleados normales de una funeraria hubiera sido simple coincidencia. Pero una cosa heló la sangre en las venas a Alain Cluny: no habían sacado el ataúd por la parte posterior. Por lo tanto, el ataúd de Vicky... ¡aún estaba dentro!

¡Y habían pasado no tres minutos!

¡Habían pasado casi diez!

¿Qué significaba eso?

¿Que la muchacha, totalmente inconsciente, estaba siendo quemada de verdad?

Alain Cluny sintió una salvaje opresión en el pecho.

Basculó hacia adelante.

Todo aquello le seguía pareciendo una pesadilla sin nombre.

Fue a entrar de golpe en la sala, pese a saber que tendría que enfrentarse con dos enemigos a la vez y, además en su terreno. Pero la voz de uno de ellos le detuvo en seco. Las palabras fueron para Alain como si una pared de cristal le hubiera frenado de repente.

—¿Sabes que Jacques Bastier ha muerto?

—Pero... ¿pero qué dices? ¿Y por qué no me lo has contado antes?

—¡Hum...! Teníamos demasiado trabajo con sacar a aquel tipo del ataúd. Es uno de los enlaces que Torres necesita para trabajar. La policía ya estaba demasiado encima suyo y hacía falta que *desapareciera* con la garantía de que no le buscarían más.

—De acuerdo, de acuerdo... Sé eso muy bien... ¡Pero la noticia de Bastier es fantástica! ¿De qué ha muerto?

—No lo sabría decir... Uno de sus criados ha avisado. Parece que tuvo un sobresalto terrible. Su cara reflejaba el más absoluto horror... Primero perdió el sentido, pero luego no pudo recobrarse ya. Su corazón ha fallado. Cualquiera diría que ha muerto de miedo...

Alain sintió dolor en sus mandíbulas, al apretar tanto los dientes.

La cosa estaba muy clara para él. Bastier había pagado hasta la última de sus culpas. Bastier había reventado de miedo al ver aparecer ante sus ojos a Sonia Graham. La víctima que él creyó, se había vuelto en contra suya. Los fantasmas del pasado le habían llevado a la tumba.

El tipo que había hablado antes, dijo:

—Lo curioso es que Bastier ha muerto sin haberse enterado de los manejos del jefe; de los manejos de Torres y de Marty, el dueño de todo esto. No ha podido saber, ni lo sabrá ya nunca, lo que hizo con Vicky y con Sonia. Porque Torres, que debía cuidarlas, las sometió a un buen *tratamiento*.

—¿Qué clase de tratamiento? Sobre esto no he tenido nunca detalles claros...

—Sencillo, hombre, sencillo: drogas muy bien administradas. No olvides que Torres es un gran científico. Fingiendo curarlas, fingiendo obedecer lo que le había dicho el comisario Lubens, las tuvo durante dos años a su merced, hasta convertirlas en dos auténticas locas. Vicky era la peor, la más agresiva. Sonia aún puede curarse. Pero de todos modos un impulso ciego, cuando se creía en peligro, la impulsaba a matar, a matar... Para eso, Torres le había dado unas uñas artificiales hechas con puntas de acero: para que las usase...

Alain estaba estremecido de odio y de horror. Le costaba creer todo aquello. Pero era su propio asombro lo que le inmovilizaba, lo que le impedía reaccionar. La voz del hombre volvió a llegar hasta él, como si surgiese de las entrañas de otro planeta:

—Lo que impulsó a Torres también está claro, muchacho. Más vale que lo sepas porque quizá algún día tengamos que hacer algo tú y yo, para entrar en el reparto. No sé si sabes que Bastier guardaba fondos de los viejos SS. Muchos millones que éstos

lograron ocultar en los últimos días de sus desastres en Francia. Incluso el primer negocio que tuvo Bastier, lo montó con parte de ese dinero.

—¿Pero por qué se lo hicieron custodiar a él?

—Porque era un hombre de confianza y al mismo tiempo no se había destacado. Nunca le condenarían a muerte, ni siquiera a penas largas de cárcel.

—Y ese dinero, ¿para qué sirve?

—¡Hura...! Para muchas cosas. Para que los antiguos SS puedan vivir bien y con seguridad en cualquier lugar del mundo. Para que se pueda hacer propaganda política. Para financiar a ciertos partidos... ¡El dinero hace falta para tantas cosas...! Pero Torres, que llegó a conocer la existencia de esa fortuna gracias a algunos viejos SS con los que se trataba, ideó algún sistema para hacerse con ella sin correr ningún riesgo. Su instrumento iban a ser esas dos mujeres.

—¿Ellas? ¿Por qué?

—Porque obedecían ciegamente sus mandatos, como dos autómatas. Porque ellas podían ir eliminando a los hombres de confianza de Bastier, e incluso a Bastier mismo. Estuvieron a punto de conseguirlo, la noche en que se encontraron a uno de los enlaces en el ascensor y lo liquidaron. Luego Vicky, asustada, intentó matar al propio Lubens, que subía. Vicky no recordaba ya a Lubens, aunque Sonia le obedecía y nunca hubiera intentado nada contra él. Ya te he dicho que Sonia puede recuperarse. Pero Lubens confió demasiado en Torres. Le dejó demasiado tiempo para actuar...

Encendió un cigarrillo y miró a su compañero.

Éste musitó:

—Una vez muerto Bastier. ¿Torres podría hacerse cargo del dinero?

—Naturalmente. Ése es su propósito.

—¿Bastier no conocía la existencia de los trucos, en este horno crematorio?

—No, no sabía nada del ataúd aislado con porcelana. Lubens llegó a saber que el dueño de esta funeraria hacía *desaparecer* a según qué personas, por ese sistema y, en lugar de denunciarlo, hizo una especie de pacto con él; silencio para sus delitos, siempre que le ayudara a hacer *desaparecer* a Sonia y no reincidiese más. Pero

para el certificado de defunción y el cuidado de las chicas necesitaba un médico, y ese médico es Torres. Así fue como llegó a enterarse de que podía emplear este truco también cuando le conviniera.

—¿Dónde está ahora Sonia Graham?

—En la propia casa de Torres. Es posible que éste la haga liquidar también más adelante, como a la propia Vicky, cuando se entere de que Bastier ha muerto y por lo tanto ya no la necesita.

De aquellas palabras, sólo unas cuantas parecieron grabarse a fuego en el cerebro de Alain Cluny:

Como a la propia Vicky...

Por lo tanto, ¿la muchacha no estaba en un ataúd aislado con porcelana? ¿La muchacha iba realmente a quedar convertida en cenizas?

De pronto, la horrible verdad apareció desnuda ante Alain.

¡Por eso no habían sacado el ataúd! ¡Por eso aún lo tenían dentro!

El hombre al que antes hicieron *desaparecer*; el que había marchado en un coche, podría ser capturado puesto que él lo describiría. En cuanto a Sonia, él se ocuparía de salvarla y hacer que se curase. Pero con Vicky... ¡con ella no podría hacer nada! ¡Ya debía estar convertida en cenizas!

Un rugido de rabia surgió de la garganta de Alain.

Un deseo salvaje de pasar a la acción se adueñó de él. Ni siquiera pensó en que aquello podía ser su muerte. Empujando la puerta, de pronto, apareció en la sala.

Los dos hombres se volvieron, atónitos, hacia el mismo sitio. Uno de ellos gritó algo. Otro sacó una «Luger».

Alain no le dejó tiempo para emplearla. El terrible puntapié fue directamente al bajo vientre de su enemigo. Cuando éste se estremecía, Alain le propinó otro puntapié en la mano derecha. La «Luger» saltó por los aires.

El otro había lanzado también un grito de sorpresa. Giró el cuerpo e intentó sacar también un arma. Sus ojos se desencajaron cuando vio que Alain se lanzaba al suelo con la velocidad de un gato.

Disparó desde allí. La bala siguió una trayectoria de abajo arriba y pareció estallar en la cabeza de aquel hombre. El otro intentó

desesperadamente huir.

Alain no vaciló.

Le alcanzó por dos veces en una pierna, dejándosela convertida en astillas. Quería que aquel hombre no muriera, pero que tampoco pudiese huir. Más adelante iba a necesitar un testigo para explicar todo aquello.

Inmediatamente abrió la boca del horno. El calor espantoso saltó a su cara. Vio que, en el interior, apenas quedaba ya nada del ataúd y del cuerpo encerrado en él. Vicky había muerto sin enterarse... ¡pero de su cuerpo ya apenas restaba un puñado de cenizas!

Alain lanzó un grito de rabia, un grito de dolor insoportable, mientras miraba hacia el interior, mientras sentía el odio y la desesperación llegando a sus entrañas.

Y entonces lo vio.

Los disparos se habían oído desde el otro lado del horno, y la puerta del costado opuesto se estaba abriendo. Por el hueco apareció asombrada la cara del doctor Torres.

Una cara que reflejaba odio.

Y miedo.

La cara de un hombre que no creía... ¡qué Alain pudiera estar allí!

Torres también estaba armado. Después de las detonaciones, no necesitaba disimular, ni siquiera ante los empleados de pompas fúnebres, a los que siempre podría dar una explicación satisfactoria una vez Alain hubiese muerto. Lo esencial era acabar con él.

Por eso tendió la mano armada con la «Browning» hacia el interior de aquel infierno.

Al otro lado le apuntaba Alain.

Los dos se enfrentaban en un salvaje duelo a muerte.

Con los restos del ataúd en medio. Y teniendo delante aquel universo llameante, aquella visión del abismo.

Aquel preludio del Más Allá.

CAPÍTULO XVI

Alain se dio cuenta de que la vida sería del más rápido, de que no podía pensar ni vacilar, sino dejarse guiar por el instinto. Por eso se lanzó a un costado en el instante de disparar, para esquivar las balas de su enemigo, si aún era posible. Dos veces su dedo índice apretó el gatillo, enviando a través de aquel infierno un mensaje de plomo.

Torres no llegó a disparar.

Creyó que lo había hecho, pero, en realidad, ya no tenía fuerzas cuando aquello sucedió. En realidad, ya acababa de sentir aquel choque en la frente.

Primero fue un pequeño disco rojo.

Luego una mancha.

Unas líneas rojas que bajaban por la cara...

Los que estaban al otro lado del horno oyeron el aullido, pero Alain ya no lo captó. Sólo se dio cuenta de que la cara de Torres se estremecía y cambiaba de sitio. De que el brazo armado caía dentro del horno... ¡de que empezaba a abrasarse en él!

Los dientes de Alain volvieron a chirriar, mientras el joven cerraba su puerta, pero ahora había en sus facciones una mueca de triunfo. El peor lobo carnicero había muerto. Las dos muchachas estaban vengadas.

Ahora necesitaba salvar, al menos, a Sonia Graham.

Lograr que volviera a ser una mujer...

Lo que empezaba a sentir por ella no era el simple deseo de volverla a la vida. Era algo más, aunque ahora no quisiera pensar en ello. Porque necesitaba capturar también a los que estaban al otro lado.

Saltó por la ventana para acorralarlos. Porque imaginó que no tardarían en lanzarse ellos también hacia la calle, intentando huir. Por lo menos lo haría el dueño de la funeraria.

Y, en efecto, lo vio.

El tipo saltaba como un gamo.

Intentaba correr hacia uno de los coches detenidos al otro lado de la calle.

Fue a abrir la portezuela sin que Alain se atreviera a disparar. No quería matarle, pero a causa de la penumbra de la calle, le era imposible precisar el tiro. Alzó la mano para apuntar a los neumáticos.

Y en ese momento la punta del estoque salió, brotó de la esquina como la lengua de una víbora. El hombre se detuvo. La punta de acero se detuvo a menos de un milímetro de su garganta.

Fue el propio Lubens, apoyándose con una mano en la pared, el que gruñó:

—Quieto, muchacho... Quieto, o te afeitó gratis...

Alain Cluny estaba asombrado. Atravesó la calle como un autómatas. Sus ojos se clavaron en el comisario sin poder creerlo todavía.

Lubens gruñó:

—¿Qué pensabas? ¿Que soy tan idiota como para no darme cuenta de que te habías largado de casa? Lástima que esté hecho un fardo, porque si no te hubiera seguido mucho más aprisa... Pero veo que, al menos, he llegado a tiempo de impedir la fuga. ¿Quién es ése?

—Luego se lo diré, Lubens. De momento, lléveselo detenido. Usted y yo tenemos para hablar toda la noche...

—Perfecto, pero suelta esa pistola. Podría comprometerme... ¿Y adónde vas ahora, si puede saberse? ¿Qué prisa tienes?

—He de salvar a una mujer —musitó Alain—. He de sacar del infierno a una muchacha que aún puede disculparse ante el mundo, sanar y emprender una nueva vida. No es responsable de sus actos desde el momento en que la tenían completamente drogada. Desde el momento en que Torres la había hecho vivir en un clima de horror... Ya le explicaré, Lubens. Tendrá usted muchas cosas de que arrepentirse, pero junto a eso, escuchará alguna buena noticia. Volveré dentro de una hora... con Sonia Graham. Quizá con una nueva Sonia Graham.

Y se perdió entre las sombras. Unos instantes después, se había adueñado de un coche estacionado en las cercanías. Lubens le miró

con ojos entrecerrados, sin dejar de apuntar, con el estoque, a la garganta de su prisionero, y susurró:

—¡Birlar un coche ante mis narices! ¡Reírse de toda la policía de París! ¡Y pensar que yo tengo que dejar hacerlo...!

Empujó al otro.

—¡Hala, tú, adentro...!

Sabía que podía confiar en Alain Cluny. Sabía que no era sólo Sonia la que emprendería una nueva vida.

Masculló:

—No sé qué habrá sido de Bastier, aunque yo sólo pensaba hacerle sufrir lo que él hizo sufrir a Sonia... En fin, Alain me lo explicará todo, esta noche. Y éste también hablará. Y los otros... Ya sé que tendré que pedir el retiro, pero de todos modos, ¿adónde iba a ir yo con esta pata coja...?

E hizo una seña a los dos gendarmes que aguardaban en la esquina. Éstos acudieron presurosamente, haciendo sonar sus silbatos. Un coche patrulla que acechaba, surgió de dos calles más allá. La noche de París se animó. Las paredes se cubrieron de sombras.

Sombras que el nuevo amanecer iba a disipar para siempre.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



